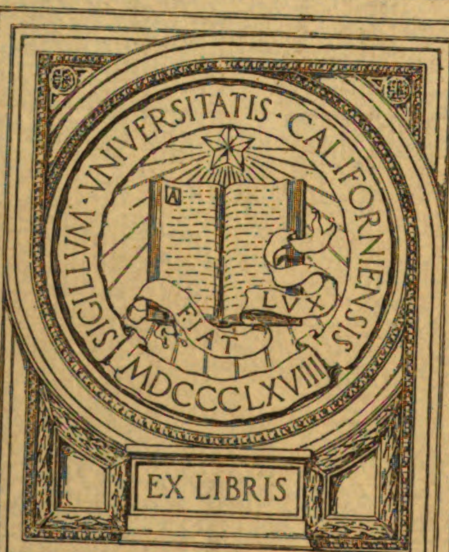


J. Cantarell Basigó



LAS PSICONEUROSIS
Y SU CURA MORAL

Manuel Marín, Editor
BARCELONA


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



LAS PSICONEURASIS

Y

SU CURA MORAL

LAS PSICONEUROSIS Y SU CURA MORAL

POR

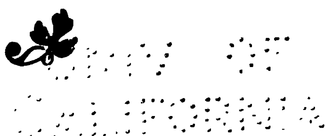
J. CANTARELL BASIGÓ

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES NERVIOSAS
MÉDICO, POR OPOSICIÓN, DEL MUNICIPIO DE BARCELONA

PRÓLOGO DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

D. VALENTÍN CARULLA Y MARGENAT

CATEDRÁTICO DE TERAPÉUTICA
SECRETARIO DE ESTA FACULTAD DE MEDICINA
JEFE SUPERIOR DE ADMINISTRACIÓN



BARCELONA
MANUEL MARÍN, EDITOR
594 - Cortes - 594
1912

Sociedad Anónima LA NEOTIPIA, Paseo de Gracia, 77, interior. — BARCELONA

Al Doctor Dubois

Profesor de Neuropatología
en la Universidad de Berna

Dedica este insignificante fruto de una labor entusiasta

El Autor



PRÓLOGO

TAREA doblemente grata es para mí el borronear unas cuartillas á guisa de prólogo, para el trabajo intitulado LAS PSICONEUROSIS, del doctor Cantarell; al dar con un entusiasta más en el empleo de los agentes psíquicos como medio terapéutico, así como al reconocer la utilitaria labor emanada del mencionado trabajo. Se observa en él, estilo sobrio y no se da con rebuscada frase. Por doquier revela plétora de conocimientos que, afiligranando observaciones muy bien traídas, fundamentan lógicas deducciones.

* * *

Bien decía Stokvis á sus discípulos, en su cátedra de Terapéutica: «La terapéutica clínica constituye el coronamiento del edificio médico, exigiendo el que sepáis aplicar vuestro saber

á curar, á aliviar el dolor y á consolar al prójimo.»

Con la multiplicidad de agentes físicos, mecánicos, químicos y biológicos, resulta dable curar unas veces, aliviar otras; con los agentes psíquicos, con éstos que obran por modo preferente sobre la parte inmaterial de nuestro ser, podremos curar ó aliviar en consonancia; pero á la vez y por modo peculiar, con ellos y únicamente con ellos deberemos contar en casos de notoria rebeldía ó de incurabilidad manifiesta, para aportar ese consuelo moral que aminora la más cruel tortura y que eleva á sacerdocio nuestra misión social.

* * *

¿Cuál es el concepto general de las psiconeurosis? Grupo heterogéneo de enfermedades del sistema nervioso que ofrecen de común, ó incertitud ó desconocimiento de su lesión anatómica; grupo que va diezmándose por periódicas deserciones, motivadas por los adelantos de la anatomía patológica, la cual nos va por ellos revelando localizaciones causales de determinadas dolencias, motivo por el cual ingresan las mismas en sus capítulos respectivos; pero perdurando en el grupo de las neurosis las esencialmente psíquicas, las apellidadas por Dubois *psiconeurosis*. Procesos ellos, en cuya patogenia bien señala el

Dr. Cantarell, que aparte de esta alteración químicocelular que hoy se reconoce como causa, evidenciarán probablemente mañana, modificaciones en la morfología normal, no demostrables actualmente por deficiencias notorias en nuestros medios de observación.

Debemos considerar línea separatriz del psiconeurótico al vesánico; ya que existe un abismo entre la simple exageración de un movimiento fisiológico y un cambio destructivo en el tipo natural de las reacciones químicocelulares ó de las alteraciones morfológicas (aun resultando, hoy por hoy, inasequibles).

Al fijarnos en el carácter proteiforme de la sintomatología de las neurosis é ir en busca de los signos fundamentales de las psíquicas, recordemos la frase de Bernheim: «no todo es sugestión, pero en todo hay sugestión», y puntualicemos con el autor, que el trastorno psíquico que la sugestión significa puede influir sobre la sensibilidad ó parte psíquica de la sensación, de tal modo, que aun resultando equivocado nuestro juicio, cabe resulte real, por la sugestión, la sensación consecutiva.

No olvidemos tampoco que el individuo enfermo posee, cual el sano, alma y cuerpo, y por ende, no es anómalo el hecho, antes bien frecuente, de que resulte psíquica la autosugestión de fatiga; así que tampoco por lo que respecta á

emotividad (sensibilidad esencialmente moral) de que se halle exagerada en tales enfermos.

He ahí, porque en armónica síntesis dice Dubois: «La alteración de la sensibilidad involucra en sí la fatiga anormal y la emoción excesiva, habiendo sido la autosugestión la que aparta á aquélla del camino que le fuera trazado.»

Tal resulta el concepto de las psiconeurosis; de estos procesos no orgánicos y sí funcionales del sistema nervioso; procesos acerca los cuales pugnan psiquiatras y organicistas, considerando los primeros como síntomas mentales la mayoría de los que presentan los neurópatas, á la par que los segundos consideran los estigmas histéricos ó neurasténicos, como resultado de lesión próxima ó más ó menos remota.

* * *

El profesor Déjérine estatuye en la neurología un capítulo especial, dedicado á la patología de la emoción.

¿Cuánta importancia no tiene la emoción en neuropatología? Sea la que fuere la concepción psicológica de la misma, ora se presente sana, reveladora de un buen mentalismo ó de higidez moral, ora resulte perturbadora á plazo mayor ó menor ó en intensidad comparable al agente mecánico que por efectos brutales luxa ó fractura, según sea la intensidad del trauma y la

resistencia del sujeto; existen de hecho variaciones individuales, frente á frente de las acciones emotivas, pertinentes á la resistencia para con las mismas.

Desfloramos el capítulo y aparece la *neurastenia,* evidenciando positivo desequilibrio entre el pensar y el sentir (aunque en forma más atenuada que no el que presenta el *histerismo*), efecto de autonomía discutible, debido á la hiperfuncionabilidad de los centros nerviosos, emociones, intoxicaciones, etc., y caracterizado por fatiga física, intelectual y moral en un fondo común de esfumados contornos y constituído por múltiples manifestaciones morbosas. Viene en pos el *histerismo*, que sienta sus reales, de ordinario, en personas de escaso talento, delator de abolengos neuropáticos por herencia y motivado por emociones, traumatismos, agentes toxinfecciosos, etc. Van á la zaga de las anteriores, determinadas formas de *melancolía* y de *hipocondría*..., he ahí el bagaje integral del capítulo que nos ocupa.

La sintomatología de los mencionados procesos, resulta casi subjetiva, de modo y manera que se hace necesario, para diagnosticar en firme, el conocimiento de la personalidad en concreto del individuo en lo que afecta á su mentalidad, por lo que respecta á su carácter, y en lo pertinente á su educación.

Con cuánta verdad afirma el profesor de la Salpêtrière, que el comprender la personalidad, su respectiva mentalidad y el indagar el cómo y el porqué del psiquismo del neurótico y por modo especial del neuropsíquico, constituyen premisas necesarias é indispensables para poderlo tratar. Tratamiento representado por saber inculcar confianza al enfermo; hacer nos acepte seguridades frente á frente su enfermedad; darle la *paz interior* que tanto se le hace necesaria... he ahí la noble misión que nos está confiada.

* * *

Se ocupa nuestro digno compañero el doctor Cantarell, del tratamiento moral y lo fundamenta con la *educación del sentimiento* y con el consiguiente *ejercicio de la voluntad*. Hermosas páginas hijas de atinadas y múltiples observaciones que á claras revelan un ideal que al médico enaltece, al ver cual se esfuerza por modo altruísta en educar el sentimiento y en propulsar la voluntad á un meditado ejercicio.

Trabajando de consuno alma y cerebro, despiertan las diversas sensaciones recibidas por aquélla; la actividad del pensamiento elabora la idea, idea viable si va acompañada de sentimiento; que no en vano el ser inteligente, gracias á su dinamismo mental piensa y moralmente

siente. Pero téngase en cuenta que este sentimiento que la idea vivifica, por sí solo, no le es dable subsistir; del propio modo y en aparejadas condiciones que, de haberse fijado la naturaleza é intensificación reaccional del sentimiento para con nosotros, los actos de la voluntad humana hubieran resultado de involuntariedad notoria.

Recordemos la síntesis de la vida psíquica normal, según Grasset, al mencionar la *solidaridad* y *acción recíproca,* en la gran unidad psíquica del individuo en estado normal. «Los centros de recepción que cronológicamente entran en juego los primeros y, por lo tanto, influyen fuertemente sobre los otros centros, son á la vez fuertemente influenciados por los centros de reflexión y de volición; la emoción es con frecuencia ya efecto, ya causa. Los centros de reflexión solicitados por los centros de recepción, lo son también por los de volición é intervienen á la par en las funciones de percepción y de exteriorización. En fin, los centros de expresión, que parecen tener siempre de entrar en juego los últimos, ejercen con frecuencia una evidente acción sobre el funcionalismo de los centros de elaboración psíquica y á la par sobre los centros emotivos.»

«Puede decirse que el individuo se halla en estado más hígido en cuanto esta unidad y solidaridad de las diversas partes de su psiquismo

son más fuertes y resistentes á las causas exteriores de disolución.»

Ahora bien; al claudicar la mentada unidad ó al disociarse las integrales del psiquismo por causas múltiples, aparece el mal psíquico, revelador de un espíritu enfermo, y reclamando como tratamiento el empleo de medios morales.

Sí, no ha lugar á dudas; la lógica persuasión constituye el fundamento de la psicoterapia racional; conformes, muy conformes con el autor respecto á que el empleo del hipnotismo debe quedar para casos excepcionales; ya que dominar á la fuerza, frente á frente de la flaqueza humana, se aparta mucho de la persuasión á que aspiramos en tesis general, educando el sentimiento y cultivando la voluntad.

Pero, ¡cuántas dificultades al estatuir el tratamiento! Muy por encima de la complejidad que representa el saber lo que se da, cómo se da, por qué se da y á quién se da en cada caso y pertinente al empleo de cualquier agente terapéutico en abstracto; damos con mayores dificultades al servirnos del agente psíquico y concretar su indicación. ¡Cómo no! Reconocer minuciosamente al enfermo y llegar á conocer el mecanismo por el cual ha enfermado y por el que el proceso se sostiene, é inculcarlo al mismo; hacer que comprenda cómo la sensación da origen á la idea, idea que ha de despertar en nosotros

actividades que han de transformarse en algo utilitario; inculcarle que justamente en ellos la nota que predomina es un algo de desorden de su afectividad, la cual cultiva el sentimentalismo y engendra fácilmente la emoción.

Es más, hacer que el enfermo armonice su inteligencia y su sentimiento mediante el esfuerzo de su voluntad, aminorando el sentimiento causal, no obrando al unísono de la emoción, y si ello no bastara, si la intensidad ó calidad de la autosugestión responsable pareciera reclamarlo, debemos destruirla desde el comienzo para el logro del fin que perseguimos. En una palabra, hacer que no tenga donde apoyarse el sentimiento, y así ya, sin razón de ser, dejará de sostener el malhadado hábito al cual dió origen y el cual es causa de la enfermedad.

* * *

¿Educar la voluntad? La voluntad en activo presupone hallarse distanciada del instinto y de la sensibilidad, á la par que hallarse cobijada por la razón; por cual motivo libre en alto campea, muy por encima de las planicies donde los actos impulsivos dominan, propulsados por el instinto ó por el acicate de un sentimiento pasional.

Educar la voluntad con que intensificar la labor intelectual y moderar la impresionabili-

dad excesiva, reprimiendo nocivas tendencias y encauzando al enfermo hacia la vida moral é intelectual con que restablecer nuestro dinamismo orgánico alterado.

Tengamos, pues, en cuenta la complejidad en lo que atañe á los centros nerviosos de los actos voluntarios (poco antes esbozado), en sus modalidades de recepción (sensitivos), de emisión (motores) y de asociación; sin olvidar los centros independientes (Grasset) para las manifestaciones del psiquismo inferior ó de la conciencia elemental y el superior ó de plena conciencia. Procuremos que intervenga el centro *O* de Grasset, so pena de que por falta de estabilidad racional, nos resulten tan sólo ideas subconscientes ó hechos puramente automáticos.

Pero ya que el sentimiento moral es causa de innumerables procesos, observemos bien la beneficiosa influencia curativa del imperio de la voluntad, que al cultivarla haremos desaparezcan del circuito de la conciencia la penosa impresión, suplantándola por otra que calme ó vivifique, é influiremos por modo directo á que la razón se entronice, venciéndose las secuelas de reacción orgánica, consecutivas á los mentados estados patológicos.

Y á propósito de la sugestión. La voluntad que interviene en la *auto* cual en la *heterosugestión*, claudica en las reacciones orgánicas subsi-

guientes á la sugestión confirmada (Vallejo); que no en vano afirma Dubois que la voluntad del sugestionador es la que se impone y hasta cierto punto actúa.

Repetimos, que no ha de ser nuestro ideal. Si comenzamos por imponer nuestra voluntad, ha de ser para ir en busca de la persuasión, comenzando por hacer que el enfermo se convenza de que puede, de que cuenta con medios sobrados para su logro y de que para ello no le basta el momentáneo esfuerzo. Así, aprendiendo á pensar y á discurrir, puede confortarse la vida que se consideraba fracasada por hipovoluntad, y puede hacerse que desaparezcan los trastornos funcionales consecutivos al influjo de exaltaciones morbosas.

En conclusión: las acciones terapéuticas psíquicas son de orden puramente sentimental; resumiéndose en la acción bienhechora que un individuo puede ejercer sobre otro en el sentido de inculcarle confianza, de darle seguridades frente á frente de su proceso, proporcionarle, cual antes decíamos, esa *paz interior* que tanto se hace necesaria.

* * *

Al terminar mi labor, consistente en parafrasear lo culminante del trabajo de mi distinguido compañero, convengamos una vez más en la im-

portancia adquirida por la moderna psicoterapia; que no en vano, si la causa primordial del llamado psiquismo inferior es debida á la defectuosa formación de la mente, al conocer su génesis ha surgido aquella rama terapéutica, que procura que la conciencia y la voluntad recobren la hegemonía que para ellas fué.

No en vano decía Durán y Trinxería en la Academia: «Cuando la conciencia y la volùntad no representan el resumen de todas las energías humanas, ni hay libertad, ni puede haber bondad; que los actos resultan buenos ó malos en consonancia á la variabilidad de los estímulos del ambiente.» Además de ser el hombre mentalmente fuerte, hemos de procurar que sea moralmente bueno; para lo cual resulta más hacedero servirse del sentimiento religioso que no ir en busca de una dirección ética por el camino de la inteligencia. Pero téngase en cuenta que con ello nos referimos á un punto de vista higiénico; esto es, lo que á la educación incumbe; que de tratarse de nuestro caso, en pleno campo patológico, no cabe evitar y sí tratar; en estos casos, no de educación y sí solo pertinentes á actos de reeducación, estando el hombre en plena lozanía, resulta factible y noblemente hacedera la dirección moral por el camino de la inteligencia, educando ó coeducando el sentimiento y cultivando la voluntad.

Ideal asaz digno para el médico; pero téngase

en cuenta que si es cualidad preciosa la *confianza en sí mismo*, y resulta potencia moral que debe conservarse y acrecentar si se posee y esforzarse en adquirir si no se tiene para el tratamiento del enfermo, debe haberla, á la par, para con el médico, ya que únicamente en posesión de la misma, se hallará en condiciones propicias para poderlo inculcar á sus clientes y dominar, por ende, la desviación moral que aquejan. Así y únicamente así, cabe el consuelo ó la curación para el psiconeurótico, rehaciendo un estado moral y mental, y esfumando las innúmeras secuelas materiales que al dinamismo vital afectaban.

Decir por cuenta propia que en la práctica de nuestra profesión las victorias que más duradera satisfacción han causado estado, son las pertinentes á individuos moralmente enfermos, será lo más vulgar que se quiera, pero fiel expresión de nuestro sentir: expresar que en tales casos, consideramos más activa, cuanto más costosa nuestra intervención, por lo mismo que el agente que empleamos nada tiene que ver con los que la naturaleza ó el químico nos proporciona, y el farmacéutico elabora y expende, y sí por modo especial con nuestra manera de ser y de sentir en consonancia al estudio que hagamos en cada caso de la personalidad; es creencia arraigada en lo íntimo, que nos conforta y alienta en nuestra habitual misión.

Por esto me gusta el trabajo del Dr. Cantarell; por la índole del asunto, por su documentado ropaje, por el entusiasmo que denota, por un hálito de arraigada fe que estimula y vivifica, alejando la maleficencia del escéptico.

* * *

Al dar la bienvenida al trabajo y cumplida enhorabuena al autor, sólo resta dirigirme por modo especial á mis discípulos de ayer, compañeros hoy, advirtiéndoles tengan por norma lo que dice aquél:

«En la práctica de vuestra profesión, haced en conciencia lo que debáis hacer, suceda lo que suceda, que la Medicina es verdadero sacerdocio y quien no se sienta con fuerzas para tanto, tuerza el camino, pues está falto de segura vocación.» Vocación, añadimos, tanto más necesaria, cuanto que el enfermo que tratamos, es un ser inteligente que mentalmente piensa y moralmente siente.

DR. CARULLA

Barcelona, 21 de Enero de 1912



AL LECTOR

SÓLO cuando tengamos algo que comunicar, juzgado de importancia para el bien común, será ocasión de decidirnos á tomar la palabra. Entendiéndolo así, y porque estamos convencidos de la honda transcendencia que entrañan las cuestiones expuestas en esta obrita, es que nuestra modesta pluma se atreve á proponerlas, esperando hallen eco en alguna inteligencia privilegiada, capaz, por ende, de dilucidarlas cual se merecen.

Hemos escrito para nuestros compañeros, para los médicos, sin olvidar, empero, que tal vez serán en mayor número los propios enfermos que nos lean; y pues en los últimos también pensábamos, hemos procurado, ante todo, ser claros y concisos, aun á

costa de la escasa erudición que caber pudiera en nuestro pobre saber ([1]).

No todos los discípulos de Esculapio manejan el bisturí con igual soltura, á pesar de lo cual, y sin que por ello se nos recrimine en lo más mínimo, nadie dejará de exigirnos, á todos sin excepción, un perfecto conocimiento de las indicaciones, de la oportunidad de cualquiera intervención quirúrgica. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo respecto á enfermedades tan frecuentes y generalizadas que, constituyendo verdadera plaga social, se ha querido atribuir su difusión á una especie de *moda* patológica, y que requieren, dada su naturaleza psíquica, un tratamiento moral, tan útil é imprescindible como exento de peligro?

Privan en nuestra época las investigaciones precisas de laboratorio; pero, sin pretender rebajar en lo más mínimo la importancia de la experimentación, recordaremos con Claudio Bernard, que los experimentos son sólo observaciones provocadas; de la misma manera que la observación, base aquí de nuestras deducciones todas, bien conducida é interpretada,

([1]) Nuestros compañeros hallarán subsanada semejante falta de erudición en el interesante prólogo del Dr. Carulla. No queremos dejar pase ocasión tan propicia sin rendir público testimonio de gratitud al ilustre y querido maestro.

viene á ser un experimento espontáneo. Es muy útil interrogar á la naturaleza, mas, conforme dice Cuvier, ante todo es preciso escucharla.

Y si este sencillo trabajo pudiera alcanzar la honra insigne de ser estimado cual una estrofa más, tan pobre como tardía, añadida al himno entusiasta gallardamente entonado con motivo del reciente centenario de Balmes, cuyo ilustre nombre habrá de prestarnos autoridad en más de una ocasión, y cuyas luminosas doctrinas nos han servido de guía repetidas veces, nos consideraríamos entonces dichosos.

JUAN CANTARELL BASIGÓ

Mayo de 1911



PLAN É ÍNDICE



LAS PSICONEUROSIS

CAPÍTULO I

CONCEPTO GENERAL DE LAS MISMAS

Al tratar de dar cima al estudio patológico del sistema nervioso, todos los autores reservan un capítulo especial donde puedan ser descritos los diversos síndromes, conocidos desde tiempo remoto con el nombre de neurosis. Dentro el estado actual de la ciencia médica es imposible, en buena lógica, concebir enfermedad ninguna sin el correspondiente *substractum* anatómico que la justifique; pero es lo cierto que existen todavía distintas afecciones, cuya anatomía patológica está por hacer, y otras en que, echados ya los cimientos, dista mucho de quedar terminado en definitiva el edificio. Á estos varios estados cuya lesión anatómica es desconocida ó incierta, es á los que, aun hoy, apellidamos con el dicho nombre común de neurosis. Resulta, pues, un grupo completamente

artificial, y á medida que van progresando los diferentes medios de investigación científica, tenemos que ir eliminando sucesivamente de este conjunto los heterogéneos elementos que lo integran.

Si á la epilepsia nos referimos, debemos distinguir entre la epilepsia vulgar ó esencial, que no reconoce causa alguna apreciable, como no sea la herencia, y la epilepsia jacksoniana, ocasionada por lesiones corticales en la zona motriz ó rolándica del cerebro; las epilepsias tóxicas, debidas al alcoholismo, al saturnismo ó al ajenjo; las epilepsias reflejas, producidas por los parásitos intestinales; la epilepsia senil, etc., causas todas que, cada día mejor conocidas, irán reduciendo notablemente el dominio de la enfermedad en su primera forma.

En la jacksoniana salta á la vista la alteración orgánica responsable (tumor, cicatriz, goma, compresión por exóstosis...), y en los demás casos, la distinción establecida demuestra que no habremos de dirigirnos por igual al encuentro de una lesión única, si bien el punto de partida de la reacción patológica serán seguramente los centros nerviosos, dotados de la especial susceptibilidad que llamamos predisposición. Nótase, á veces, en la autopsia, induración esclerósica del cerebro, cuyas circunvoluciones son menos prominentes, ofreciendo mayor resistencia al corte que en el individuo sano, particularidades que, según Chaslin, el microscopio nos explica al poner en evidencia una esclerosis neuróglica, considerada por este

autor como enfermedad de evolución. En análogas ocasiones se han hallado otros trastornos cerebrales congénitos ó que se remontan á los primeros años de la vida.

No hemos llegado seguramente á la meta, no conocemos aún la verdadera lesión ó lesiones correspondientes á la afección que nos ocupa; pero la alteración material del organismo se vislumbra claramente. Está, pues, próximo el día en que el mal comicial ó *morbus sacer* tendrá que ser borrado del cuadro de las neurosis.

Respecto á la corea vulgar, no han faltado quienes, y han sido los tales algunos médicos ingleses, la atribuyeran á embolías capilares localizadas en los cuerpos optoestriados. Diferenciemos, desde luego, de la corea de Sydenham los casos especiales en que una influencia psíquica juega papel importante en el desarrollo del mal, como sucede cuando, gracias á la imitación, se desarrollan verdaderas epidemias, pues entonces nos encontramos de lleno dentro del histerismo.

Imputada por Mœbius la enfermedad de Basedow, á la hipersecreción tiroidea, concomitante con la hipertrofia de esta glándula, de tal manera ha ganado terreno la idea que, juzgándose autorizados los cirujanos para intervenir quirúrgicamente, los notables éxitos obtenidos inducen á considerar, con grandes visos de realidad, los diferentes síntomas del bocio exoftálmico como opuestos á los del mixedema, que sabemos se hacen depender de la ausencia ó desaparición del cuerpo tiroides.

Por igual manera, el Dr. Codina Castellví, en notable trabajo, intentó probar que la enfermedad de Parkinson depende también de una perturbación del propio cuerpo tiroides, fundándose, entre otras razones, en el predominio del trastorno nervioso temblor, que nos recuerda lo que sucede, así en las intoxicaciones exógenas (alcohol, mercurio, plomo, etc.), como en las autointoxicaciones, aserto este último confirmado por modo evidente con el estudio sintomatológico de la enfermedad misma á que antes acabamos de referirnos. Si añadimos á ello lo variable y ambiguo de las lesiones encontradas en los centros nerviosos, la constancia con que falta en la etiología un tóxico de origen externo, las autopsias por el mismo autor relatadas en que se puso de relieve la lesión tiroidea, los efectos beneficiosos obtenidos con la administración de la tiroidina, y la asociación del mixedema y del bocio exoftálmico á la parálisis agitante, tendremos motivo sobrado para entrar esperanzados en el camino abierto por la nueva hipótesis.

Mas, en medio de esta conflagración de enfermedades, cuya deserción más ó menos próxima, pero segura, en plazo no muy largo, amenaza de muerte al capítulo de las neurosis; existen otras afecciones donde descubrimos bien á las claras el predominio de la *idea* en el desarrollo de los diversos síntomas, y á las cuales ha de deber seguramente este grupo toda su razón de ser. Hablamos de aquellos estados en que la representación mental sola —hecho primordial— crea ó entre-

tiene todos los desórdenes funcionales, existiendo el trastorno de la ideación independientemente de todo cambio morfológico en el cerebro; aquí no sucede lo que en la parálisis general, por ejemplo, donde un examen detenido de aquel centro nervioso, nos pondrá al corriente de alguna lesión orgánica, encargada de explicarnos la desviación mental como fenómeno secundario. Trátase, pues, de un mal psíquico en su esencia.

Estos especiales estados patológicos han constituído para el eminente Dr. Dubois, el objeto de su interesante labor, y con singular acierto empieza este ilustre pensador aplicándoles el oportunísimo nombre de *psiconeurosis*. Bajo este epíteto se comprende el estudio de la neurastenia, el histerismo, la histeroneurastenia y ciertas formas ligeras de hipocondría y melancolía.

Al terminar los precedentes párrafos, parécenos leer en la mente de cuantos pasen sobre ellos la vista, una alarmante duda: ¿Es que volvemos á la desacreditada concepcion de un mal, considerado como *morbi sine materia?* Nunca.

El organismo humano, cual complicada máquina que entra en ejercicio, ofrece, en primer término, á nuestra consideración y estudio, el armazón que lo integra, las diversas piezas que, sabiamente engranadas, forman el todo armónico; y luego nos brinda el combustible, siquiera no le hallemos convenientemente acumulado para engendrar la llama, inquieta fuente

de acción y movimiento, tal como se nos presenta en aquellas que la ciencia á diario inventa ó perfecciona. Suponed, si queréis, cuando el regular funcionamiento se entorpece, una alteración material en sus paredes y tabiques, en las variadas partes que lo componen; pero nada nos priva de concebir aisladamente, como á un hecho positivo, un simple trastorno en los cambios químicos que, realizados en la intimidad de los tejidos, vienen á constituir el hogar, mantenedor de nuestra actividad é impulsor de nuestra vida. Este trastorno puramente dinámico será evidentemente, en su esencia, algo tan material como el cambio morfológico más acentuado.

Ya es bien sabido cuán distantes estamos todavía de poseer un conocimiento exacto, ni tan siquiera aproximado, de lo que sean estas reacciones, que la química orgánica está encargada de esclarecer; y porque es tarea ésta dificilísima y aun quizá insuperable con los medios de investigación actuales, es que consideramos, hoy por hoy, á estas formas de enfermedad, como áncora de salvación para el capítulo de las neurosis, si consentimos en añadir á este nombre las letras necesarias para formar la nueva denominación de *psiconeurosis*.

Con lo anteriormente dicho, no pretendemos sentar prejuicio alguno sobre la posibilidad de que, aparte semejante alteración en el quimismo celular, cuestión que seguramente encierra la clave del problema, puedan mañana descubrirse nuevas y delicadas

modificaciones de la morfología normal, inasequibles aun á la potencia y precisión de los modernos medios de observación y estudio, ó que, debido á su carácter transitorio, serán siempre imposibles de apreciar en el cadáver.

Aquí sí que surgirá nueva y quizá aterradora dificultad, suponiendo que no lejos de los trastornos hasta ahora esbozados, podríamos hallar algún día cumplida razón de los diversos estados vesánicos, cuya naturaleza íntima nos es, al presente, enteramente desconocida; considerando como aquel desorden puramente funcional ó dinámico, repitiéndose tenazmente hasta engendrar una especie de nuevo hábito, que llegará á sernos imposible vencer, deja desviado en definitiva el tipo primitivo de las reacciones normales intracelulares; temiendo —y seguimos utilizando otra vez el símil antes empleado— intensidad desusada en las combustiones, viendo originarse de las mismas productos tales, que al fin las paredes del recinto donde tienen lugar, han de ceder, han de sentirse resquebrajadas ó alteradas, llegando así á la modificación estática de los tejidos, al cambio morfológico duradero y aun permanente.

Pues bien; adelantémonos á declarar que no existiría por ello el menor motivo de inquietud. Estos enfermos se encontrarían colocados en los extremos de una serie que, comenzando junto al estado de higidez, de salud mental, iría recorriendo de manera sucesiva y continua todos los diversos grados interme-

dios, hasta llegar á la bancarrota definitiva de nuestras facultades intelectuales.

Parece increíble que en medio de la evidente *relatividad* de cuanto nos rodea, pues esta propiedad es inherente á la materia, alguien hubiera llegado á pensar que el cerebro había de formar excepción, constituyendo, dentro de nuestra economía, algo así como un ente absoluto, una especie de dios. Imposible mientras no dejase de ser lo que es, y la salud mental *perfecta* nos será difícil comprobarla en parte alguna, supuesta la concordancia, hoy por nadie puesta en duda, entre los actos de la inteligencia y el trabajo ó funcionalismo cerebral.

El más pequeño sobresalto resultaría completamente injustificado, una vez admitido que los primeros eslabones de la serie antes mencionada, constituirán una simple exageración de vulgares defectos, comunes á la humanidad entera, y el neurasténico de referencia se encontrará al lado de buena, de numerosa compañía.

Pero hay más: toda ansiedad desaparecerá, si consideramos como, para llegar á un exacto conocimiento de la mentalidad humana, hace falta distinguir entre la *afectividad* y la *ideación;* pues es bien indispensable dedicarnos, en capítulo aparte, al estudio de la *idea,* discurriendo luego detenidamente sobre lo que del *sentimentalismo* nos sea dado comprender y analizar. Entonces, al entrar en la patología, llamaríamos, quizá, enajenación mental al trastorno de la ideación,

y psiconeurosis á la exageración, al predominio de determinados sentimientos, que son aquí la única causa de la sugestión, el exclusivo sostén de la idea; y á buen seguro que, al descender hasta la anatomía patológica del mal, sin salir del campo de las reacciones y cambios químicos intracelulares antes referidos, podráse un día establecer diferenciación suficiente entre los varios aspectos de aquel dinamismo cerebral.

El amor de padre, que tantas veces ha convertido en héroe al hombre más pusilánime, muy raramente será responsable de un trastorno de la inteligencia. La ingratitud, la deshonra del hijo idolatrado, más fácilmente conducirá á la desgraciada madre al sepulcro que no al Manicomio. Pero baste, por el momento, con lo dicho.

Pocos conceptos tendrán aplicación práctica tan inmediata como el de las psiconeurosis, nuevamente definido por el célebre profesor de la Universidad de Berna, así es que, apenas acaba de delinearlo, ya pasa á sentar la siguiente proposición: estamos frente á «un mal ante todo psíquico y á mal psíquico le corresponde tratamiento psíquico». Se percibe, pues, en lontananza, desde este momento, el fin último al cual siempre el médico se dirige ó sea el tratamiento de la enfermedad, y lo que vale aún mucho más, su frecuente curación, un éxito el más acabado.

Ciertamente que á Pinel se deberá la gloria de haber introducido un método nuevo en terapéutica, cuando, el primero en ocuparse de la psicoterapia,

pretendía aplicarla á la curación de las diferentes formas vesánicas; pero Dubois, esgrimiendo esta preciosa arma, arremete con sin igual fortuna sobre el enemigo adecuado para ella. Poco esperaremos de la misma tratándose del alienado, mas el golpe es certero si va dirigido contra los estados de ligera desviación moral que nos ocupan.

Entrando en el estudio de dolencias que lo son ante todo de nuestro espíritu, disponiendo como lógico remedio de un tratamiento psíquico, necesario será, si queremos cimentar los ulteriores raciocinios, exponer previamente las nociones precisas de psicología ó de psicología fisiológica, dígalo cada cual como mejor le agrade, que, al desenvolver aquéllos, han de ser su base natural y segura. Sin ello me parecería imposible ó temerario dar un solo paso más en semejante camino.





NOCIONES DE PSICOLOGÍA

CAPÍTULO II

LA SENSACIÓN

Al emplear aquí la palabra alma, entiéndase, desde ahora, que no prejuzgamos absolutamente nada sobre las diversas cuestiones de escuela; antes al contrario, olvidando hasta las propias creencias que la educación y el ejemplo hayan podido inculcarnos, despojándonos, en una palabra, de toda idea preconcebida, queremos escoger como guía en nuestras deducciones, á la razón sola, trabajando bajo el amparo de las leyes, iguales en todos los tratados, con que, para bien pensar, nos brinda la Lógica. Únicamente haremos, puestas las premisas, aceptar las necesarias consecuencias de las mismas derivadas. Con el aludido término sólo pretendemos, pues, de momento, expresar este algo, el *yo,* que dentro de nosotros siente, piensa y quiere.

El alma, cual el hombre que la posee, se nos dará á conocer por sus actos, pudiendo considerarse como principales manifestaciones de su actividad: las sensaciones, las ideas, los sentimientos y los actos de voluntad. Ocupémonos seguidamente de las primeras.

Una sensación cualquiera tendrá lugar siempre que concurran las siguientes circunstancias:

Un cuerpo ó algo material que afecte nuestro organismo.

Aparato orgánico externo dispuesto convenientemente para recibir, de manera inmediata, la impresión.

Conducto que la transmita.

Modificación cerebral que venga á ser el término de aquélla.

Afección interna que llamamos sensación, el acto de sentir.

Analicemos, sino, paso á paso, la sensación que nos permite *ver*.

Para lograr la *visión* hace falta ante nuestros ojos un cuerpo luminoso, ó si él no es en sí origen de luz, un cuerpo iluminado. Supongamos ahora la llama de una bujía.

Los rayos luminosos que de ella partan, llegarán sobre el ojo, perfeccionadísimo instrumento de óptica, verdadera lente *convergente compuesta*, cuyo foco coincide con la retina, fuera de los casos en que precisa, para que esto se consiga, la acomodación. Basta hacer una sencilla aplicación de las leyes físicas á que está sujeta la luz al atravesar cualquier lente de esta

clase, para ver cómo necesariamente ha de dibujarse una imagen invertida de la llama en el preciso sitio ocupado por el foco. Si, con Kepler, adelgazamos la parte posterior de la esclerótica de un ojo de buey hasta dejarla transparente, si la engastamos en el orificio de una pantalla opaca, y colocamos la bujía encendida delante del ojo así preparado, podremos observar claramente, situándonos detrás de la pantalla, semejante imagen inversa pintada en la retina, que es donde, conforme queda dicho, viene á caer el foco de la lente ocular.

Es bien admirable la adecuada disposición de este órgano externo, encargado de recibir, por modo inmediato, la impresión específica que á la luz corresponde engendrar; pero, después de actuar la retina á manera de singular placa fotográfica, precisa que esta impresión sea transmitida á los centros nerviosos, lo cual se realiza con una velocidad aproximada de treinta metros por segundo, que es la velocidad de propagación inherente á la vibración nerviosa. El conducto por donde avanza esta vibración, cuando se trata de llegar al acto de sensibilidad en el caso que nos está ahora ocupando, es el nervio óptico, del cual se ha considerado la retina como una simple expansión; si lo cortamos, lo ligamos ó destruímos, vendrá seguidamente la ceguera.

Los tales nervios, después que sus fibras internas se han cruzado con las homólogas del otro *congénere*, en el centro del quiasma óptico, pasan á formar las

cintas ó tiras de igual nombre, las cuales terminan en la cara interna de los lóbulos occipitales, donde tiene su asiento el centro visual ó *cuneus,* bien directamente, bien dirigiéndose primero á centros ganglionares secundarios — tálamos ópticos, cuerpos geniculados, tubérculos cuadrigéminos ant... — cuna á su vez de nuevos elementos, que definitivamente irán á parar á la misma corteza cerebral, al expresado centro de la visión.

No sólo estamos ya en el cerebro, sino que hemos penetrado hasta la misma porción de este órgano, encargada, efecto de la necesaria división del trabajo, en nuestra economía por doquier establecida, de recibir y poner punto final á la vibración nerviosa, que se originara por la presencia de los rayos luminosos.

En virtud del método experimental que, utilizando unas veces la excitación y echando mano otras de la destrucción — practícase únicamente en los animales: mono, perro... — obra sobre las distintas porciones del encéfalo, se va logrando localizar las múltiples funciones á este órgano encargadas; aceptando en parecido estudio la valiosa cooperación prestada por el método anatomoclínico, que se propone — comprobación en el hombre — comparar el síntoma observado en vida, con la lesión hallada en la autopsia; y sin despreciar tampoco los datos sorprendidos con ocasión de ciertas intervenciones quirúrgicas. Respecto de la visión haremos notar que, además del ya referido centro visual, ó *cuneus,* se ha pretendido colocar en el

pliegue curvo, donde no dejará de ser admitido algún hacecillo procedente directamente del nervio óptico ó nacido en los núcleos ganglionares secundarios antes aludidos, un centro altamente diferenciado correspondiente á la visión central, á la *mácula*. Ocupa el mismo pliegue curvo el centro de la lectura, á cuya alteración sigue la ceguera verbal.

Una vez llegados á la modificación fisiológica que es consecuencia indispensable del funcionalismo cerebral, creerán muchos haber alcanzado el término de su camino, y con todo, hay un hecho que, á nuestro juicio, viene á impedir formalmente estacionarse en semejante sitio, haciendo preciso seguir más lejos en nuestras investigaciones.

Encontrándonos, pongo por caso, en la calle, un transeunte viene hacia nosotros, en dirección contraria. Nada se interpone entre su persona y nuestros ojos, que, á mayor abundamiento, le miran hasta fijamente; su imagen queda, pues, dibujada en la retina, é inicia la vibración nerviosa que, propagándose veloz, va á despertar la actividad del centro especial residente en el cerebro. Los elementos nerviosos todos han debido reaccionar con entera normalidad, no existiendo, como no existe, la menor alteración material en parte alguna; y, sin embargo, yo estoy mirando sin ver, é inconscientemente iba á tropezar con él, cuando su mano logra detenerme, y, al interrumpir de pronto mi acelerada marcha, fija, por fin, mi distraída atención. Luego, preciso es confesarlo, si el

sujeto que en último resultado siente, no llegó á informarse del oportuno aviso, este sujeto no será la misma substancia cerebral, ni podrán constituir la sensación los cambios en ella operados, pues éstos se han realizado sin el menor tropiezo.

Se encuentra en situación análoga, quien, advirtiendo que un semejante, posiblemente un ser querido, corre riesgo gravísimo é inminente, trepa, con el fin de salvarle, por lugares inaccesibles, dejando, durante el camino, desgarrada su piel y lastimadas sus carnes, sin sentirlo siquiera. La emoción que le embarga le impide darse cuenta de aquel dolor, que, en circunstancias diferentes, arrancaría á sus labios justificadas quejas; mas esperad sea realizada la heroica acción, renacerá entonces la calma, y con ella se harán las heridas por demás molestas, ocasionando singular tortura.

Conozco perfectamente, que el mismo Dubois no había de entrar por semejantes derroteros; pero como de sí dice este ilustre hombre, también á mí me es dado pensar, tan sólo con la cabeza aquella, que sobre mis hombros fué colocada, y vengo exponiendo sencillamente mi raciocinio, de la precisa manera que en la inteligencia mía se desarrolla.

El ser sensitivo es siempre uno; el mismo que ve es el que oye, toca, huele ó saborea, y ese mismo es el que compara tales sensaciones, cosa imposible sin experimentarlas previamente, todo lo cual nos es atestiguado por la conciencia vivísima de lo que pasa den-

tro de nosotros. Por contra, la moderna doctrina sobre localizaciones cerebrales es tan precisa en lo relativo á algunos centros de sensibilidad especial, que basta para dejar completamente destruída la necesaria unidad del ser sensitivo, si consideramos como á tal la masa del cerebro.

Nadie se atreverá hoy á negar que, renovándose constantemente en nuestro organismo, la materia que lo compone, el hombre, después de haber vivido aunque sólo fuere algunos años, no llevará al sepulcro ni una sola de las moléculas que aportara del seno materno; y, á pesar de ello, existe la continuidad de la conciencia sensitiva, el sujeto que siente en la vejez es el mismo que sentía en la juventud, sin que valga para explicarnos tal fenómeno el decir que, en medio de los cambios enunciados, hay algo estable en nuestro cuerpo, pues este algo únicamente podría ser la forma, y la forma separada de la materia es una abstracción pura, incapaz, por tanto, de ofrecernos un hecho real como es la sensación.

Á renglón seguido hagamos ya constar que, con todo y no ser ente material el verdadero sujeto de nuestras sensaciones, está de tal modo relacionada su actividad con las modificaciones fisiológicas operadas normalmente en el cerebro, que, sin contar con ellas, le es imposible entrar en ejercicio. No es aquél un ser corpóreo, pero sí un ser íntimamente ligado á la materia constitutiva de nuestros órganos. El aparato externo propio de cada sentido, el nervio transmisor, el

centro especial alojado en la corteza del cerebro, son medios de que el alma necesita echar mano para lograr su cometido. En ocasiones llega á prescindir del órgano externo y del nervio que al mismo corresponde, pero la afección interna anímica vendrá constantemente unida al funcionalismo del centro cerebral, y ni que sea nuestra mentalidad enferma la que nos haga caer en las más disparatadas alucinaciones, podremos nunca pasarlo por alto. Dejemos sentado de paso que, cuando de los primeros se desentienda, no tendrá lugar la función en condiciones enteramente normales, debiendo, en consecuencia, desconfiar de sus resultados.

Si admitiésemos la facultad sensitiva sin función cerebral concomitante, no podríamos explicarnos por qué una encefalitis ó una encefalomeningitis han de perturbarla, por cierto bien profundamente, ni comprenderíamos la razón de que parecidas facultades sigan un curso ascendente en la infancia y descendente en la vejez. Esta íntima relación de las sensaciones con la organización nos da, además, idea de una porción de fenómenos que, sin ello, resultarían impenetrables.

El enfermo en su delirio, el hombre sano durante el sueño, percibe la sensación de objetos que no están presentes, atestiguándole su conciencia la realidad de semejante sensación por manera tan clara, que no consiente la menor duda; y, no obstante, las reflexiones posteriores le demuestran como á aquel acto de sensibilidad nada le corresponde en el mundo real. Ya nuestro gran Balmes interpretaba el hecho en la si-

guiente forma: «Supongamos, dice, que el cuerpo *a*, afectando el órgano externo, produce en el cerebro la alteración *m*, á la cual siga por las leyes de la naturaleza la sensación *n*. Es claro que si una causa puramente interna produce en el cerebro la misma alteración *m*, percibirá el alma la sensación *n*, cual si estuviese presente el cuerpo *a*». Parecido concepto es fundamental é importantísimo para nuestro estudio de las psiconeurosis; á él habremos de recurrir muy pronto.

Profundizando aún más, podríamos ver cómo esta causa puramente interna, que durante el sueño ó el delirio origina *la misma alteración m*, será un anterior estado cerebral, imputable á ideas engendradas un día por la sensación *n*, ideas y estados que, reproduciéndose luego, nos descubren la hermosa facultad conocida bajo el nombre de imaginación, de la cual es parte nuestra memoria.

Cuando, dormidos, recordamos una riña presenciada por nosotros, es que se repite la reacción cerebral, concomitante, quizá, con la idea del peligro corrido por los contendientes, la que más nos emocionó; y siguiendo el cerebro, siempre paralelamente, el confuso discurso iniciado en semejantes circunstancias por esta idea, tal vez lleguemos á creer que todavía asistimos á la refriega; entonces, al estado cerebral que á tal convicción acompaña, sigue la modificación material en el encéfalo asignada á la sensación de *ver realmente* alzarse una mano amenazadora, para ir á caer sobre su

víctima. Un grito angustioso, salido de nuestra propia garganta, nos despierta de súbito, encontrándonos solos en nuestra tranquila alcoba.

Estando despiertos, distinguimos entre la imaginación y los sentidos, porque hallándose éstos en ejercicio actual, debilitan la representación imaginaria; pero durante el sueño no nos es posible apreciar esta diferencia, y la sensación puramente imaginaria se nos ofrece como sensación real. Con todo, hasta en estado de vigilia podremos llegar á ser víctimas de error parecido, bastando para ello que, siendo las causas internas — convicciones tan firmes como equivocadas —lo suficiente poderosas, vengan á producir en el cerebro alteraciones iguales ó mayores que las ocasionadas actualmente por los órganos de los sentidos.

Queremos cerrar este capítulo con algunas consideraciones, si no indispensables á nuestro objeto, por lo menos bien pertinentes.

Cierto que á las sensaciones les corresponde algo real existente fuera de nosotros, pues muchas de ellas son del todo independientes de nuestra voluntad; y aun en los casos en que está en nuestra mano el percibirlas ó no, siguen hallándose sujetas á condiciones desligadas por completo de nuestro propio querer. No estaríamos sufriendo en las enfermedades dolores crueles, si nos fuera dado el evitarlos libremente, ni el gusto y el olfato recibirían entonces las impresiones repugnantes que á cada paso han de soportar; pero supuesta la existencia de aquel olor ó sabor desagra-

dable, aun podremos aquí evitarlos, si para ello obturamos con fuerza las narices, ó dejamos de aplicar al paladar el cuerpo de sabor, por ejemplo, amargo, siendo, si así no lo hacemos, irremisiblemente afectados por la sensación que nos molesta.

Mas, preguntémonos con el ilustre sabio catalán, ¿qué son los objetos éstos que nos causan las sensaciones? ¿El mundo externo está realmente representado en ellas como el original en su copia? ¿Los colores, los sonidos, el olor, el sabor, el calor, el frío y demás cualidades relativas al tacto, se hallan realmente en los objetos ó están sólo en nosotros? Utilizando sus propios razonamientos, pronto veremos que la sensación no es una imagen, sino sólo un efecto del objeto que la produce.

Nunca se nos ocurrirá haya algo parecido al dolor de la punzada en la punta del alfiler que acaba de lastimarnos. Imaginar en la comida un olor y sabor semejantes á los que nos causa, es atribuirle olfato y gusto, é igual nos sucederá con todas las demás sensaciones, pues decir que en el objeto mismo hay algo semejante á ellas es concederle sensibilidad.

«Pregúntese al hombre más ignorante si cree que en el fuego haya una cosa que *sienta* calor como lo siente él, y responderá que no; preguntadle si en el hielo hay un ser que tenga frío como lo tiene él, y contestará que no; dirá que el fuego *causa* calor, pero no que *sienta* calor; que el hielo es frío, mas no que *tenga* frío.»

«La Naturaleza», dice nuestro filósofo, «es hermosa cuando hay un ser que conoce ó siente su hermosura; ésta es relativa: si se le quita la relación con lo viviente debe de ser hermosa, y se convierte en un abismo de tinieblas y silencio. La belleza de los colores, la armonía de la música, la fragancia de los aromas, la delicadeza de los sabores están en nosotros; el mundo es un conjunto de objetos que no encierran nada parecido á estos fenómenos del ser viviente; su belleza principal está en sus relaciones con nuestros órganos para causarnos las sensaciones.» Admitiendo la precedente teoría, despojamos quizá á esta Naturaleza de sus galas, pero es para trasladarlas á nuestro interior.

La sensación es siempre esencialmente subjetiva.

CAPÍTULO III

LA IDEA

Al ser recibidas por el alma las diversas sensaciones, despiértase la actividad propia de otra de sus facultades: la facultad del pensamiento. Es imposible admitir los colores sin referirlos á algún objeto dotado de extensión, ni las propiedades de blandura ó aspereza sin concebir el cuerpo extenso al cual son inherentes. Este conjunto de las dimensiones de longitud, latitud y profundidad de los objetos, se ha dicho que era la parte real de nuestras sensaciones; pero la extensión, en sí, no es vista ni oída, es sólo el sujeto — real, sin la menor duda — donde radican las cualidades sensibles, y yo puedo despojarla de las mismas, quedando ente de razón, idea pura. Ella nos ha trasladado al campo fecundo de la inteligencia.

Suponiendo á la extensión desposeída de color, olor, etc., no nos fuera posible conocerla, mas si hubiese adquirido parecidas propiedades solamente el tiempo preciso para impresionar nuestros sentidos, poco importaría las abandonase después en absoluto,

que ya semejante idea perduraría en la mente. La facultad de pensar es una fuerza, un poder, que no puede desplegarse sino bajo la acción de determinados excitantes, desempeñando el papel de tales las sensaciones todas, y no existiendo, por tanto, ninguna idea innata.

Los elementos primitivos de nuestra inteligencia son dos: la intuición de la extensión como base de las representaciones sensibles, y la idea de ente como fundamento de todo concepto. Tan pronto como el entendimiento entra en ejercicio se halla sujeto *à priori* á la ley del principio de contradicción: es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo; y *à posteriori* á los datos suministrados por la experiencia externa é interna.

Desde los comienzos de este trabajo expusimos terminantemente que nadie pone hoy en duda la exacta correspondencia establecida entre los actos de la inteligencia y el funcionalismo cerebral. Á este objeto nada tan concluyente como — análogamente á lo hecho por Dubois — traducir las mismísimas palabras del obispo católico Monseñor d'Hulst:

«Á todos se nos ha inculcado la admiración por una fórmula de la cual es autor M. de Bonald, si bien fué inspirada por Descartes: El alma es una inteligencia servida por los órganos. El más pequeño defecto de esta definición es el de ser muy incompleta.

»La inteligencia viene servida por los órganos; servida, sí, sin duda alguna, pero también sujeta á ellos.

Es cierto que el dueño de una casa permanece siempre más ó menos supeditado á sus criados.

»Pero decidiéndose á servirse él mismo, puede escapar á esta dependencia.

»El alma no posee este recurso.

»Y la dependencia va más lejos.

»Si no se tratase más que de la parte inferior de la vida psíquica, la sensación, ó aun la misma percepción de los cuerpos, podría decirse:

»El alma depende de los órganos en todas las operaciones que tienen su punto de partida fuera de ella. Pero cuando se trata de su vida propia, en sus operaciones intelectuales, es dueña y no esclava, ella no depende del cuerpo. Desgraciadamente para la teoría las cosas no pasan así.

»En el más puro acto de inteligencia hay un concurso necesario, un concurso importante de los órganos.

»El cerebro trabaja dentro del cráneo del hombre pensador. Hay vibración celular en la capa cortical del cerebro; existe, para hacerla posible, un aflujo de sangre tanto más abundante cuanto más intenso es el esfuerzo intelectual; existe el aumento de temperatura consiguiente, hay, en fin, combustión de materia orgánica.

»Mientras más el alma piensa, más importantes son las combustiones en la substancia cerebral. Y así se explica que el trabajo mental engendre, tanto ó más que el trabajo muscular, la sensación de hambre.»

Nosotros no podríamos hablar más claramente, al explicar tan evidente cuestión.

Sin embargo, no se crea tampoco que vayamos ahora á admitir los cambios, las modificaciones cerebrales, como origen y causa eficiente de las ideas.

En otro lugar dejamos sentado, apoyándonos en el testimonio de la conciencia, que el sujeto receptor de las diferentes sensaciones, igual para todas, es el mismo que en nuestro interior las coteja, que reflexionando las compara, para decirlo de una vez, es el ser que piensa, pregonando ello, en diversas formas, que estamos frente á una substancia esencialmente simple. Supongamos, sino, en el alma, dos partes distintas; si la sensibilidad y el pensamiento residen por entero en la primera, esta parte será por sí sola el alma, sobrando, en consecuencia, la segunda; si una piensa y la otra siente, resulta imposible la perfecta unidad de conciencia intelectual y sensitiva. Y á lo último se tiende, al demostrar que el cerebro no es un órgano único, sino un conjunto de órganos, cada uno de los cuales corresponde á diferente manifestación anímica, habiéndose llegado á presentar un estudio topográfico del encéfalo tan completo y detallado que, por lo prematuro, no puede convencernos en todas sus partes.

Cuando enlazando ideas diversas, entretejemos un discurso, hay en nosotros un sujeto que conoce todo el raciocinio, y eso fuera imposible si le robáramos su simplicidad; el atribuirle partes, implicaría la existencia de tantos seres pensantes cuantas fuesen éstas,

no sabiendo entonces nada de la idea que estuviera en una cualquiera de ellas, ninguna de las restantes, lo cual es incompatible con la conciencia *única* de *todo* el pensamiento.

Á todo eso, la materia es esencialmente compuesta, supuesto que es extensa, y no hay extensión sin partes. Si procedemos á dividirla, nos encontraremos con que debemos prolongar esta operación de manera indefinida, pues no obtendremos nunca una parte simple, un punto inextenso. Porque ¿cómo reconstruir la extensión con puntos inextensos? Lo inextenso no tiene dimensiones, luego, por muchos de ellos que juntemos, no llegaremos jamás á formar la primera. Intentemos reunir dos puntos de semejante naturaleza, y como ni uno ni otro ocupan el menor lugar, tampoco lo llenarán ambos.

Es innegable que, al elaborar una idea, nuestra alma y el cerebro trabajan de consuno. Si analizamos la orina de un hombre que haya permanecido algunas horas absorto en el estudio, encontraremos allí, bien evidentes, las pruebas del desgaste cerebral, desgaste que, gracias á la sensación de hambre por él engendrada, reclama nuevos elementos de nutrición, precisando, para proporcionarlos, venga oportunamente una alimentación reparadora; pero no es menos cierto, que esa continua sucesión de desasimilaciones y asimilaciones implica, á vuelta de pocos años, una completa renovación molecular en la substancia gris del cerebro. Mientras tanto, la experiencia nos demuestra como el

hombre en su ancianidad utiliza al discurrir, y esto por manera preferente, multitud de conceptos, aprendidos *por él mismo* en la primera juventud; el sujeto que pensaba ayer, es, pues, el mismísimo que actualmente piensa, no pudiendo ser tal una materia ya enteramente reemplazada por otra.

La admirable correlación de fenómenos que liga la actividad del alma con el movimiento cerebral, es hoy reconocida sin controversia, pues se funda en hechos de observación imposibles de impugnar; pero el que esta ley de estricta concordancia sea indudable, ¿quiere decir que uno de los actos ha de ser necesariamente causa y el otro efecto? Considerada la cuestión de manera general, contestaremos que no existe tal necesidad, y en nuestro caso concreto negamos hasta la posibilidad de que la modificación material del cerebro sea el origen de las manifestaciones anímicas, pues hemos probado correspondían á un ser de naturaleza simplicísima. El *sí* y el *no* se excluyen mutuamente. Si la materia es compuesta no puede ser á la vez simple.

Nada nos obliga á sentar semejante relación de causalidad, y, en cambio, quedan expuestos varios de los poderosos motivos de razón que nos vedan en absoluto el suponerla tan sólo, ¿cómo vamos, pues, á admitirla?

Se nos interrogará sobre la clase de vínculo que pueda unir dos seres esencialmente distintos, sobre las condiciones bajo las cuales se establece, y replicaremos que estamos de ello ignorantes. Hemos compro-

bado únicamente la duplicidad de estos seres y el hecho de la concomitancia en el ejercicio de sus funciones.

Á quienes pretendan ahondar en las cuestiones dichas, habremos de recordarles, que nuestro entendimiento ha de operar exclusivamente á través de los sentidos corporales, cuyo objeto no puede dejar de ser la materia misma. En buena hora que, de inducción en inducción, llegue á descubrir las maravillosas leyes que rigen al universo, deduciendo posteriormente de ellas las más variadas conclusiones; pero se nos antoja quimérica ilusión, el soñar en sorprender las leyes especiales á que han de sujetarse seres pertenecientes á esferas superiores, presentidas por nosotros, mas de las cuales nada sabrá nunca el hombre.

Para no tener que detenerse ante semejante ineludible raciocinio, se ha recurrido al materialismo, que promete á sus adeptos la resolución de los más arduos problemas, gracias al progreso indefinido de la humanidad. Ambicionando saber demasiado y alimentando infundadas esperanzas, camina esta escuela á retaguardia, pues ni tan siquiera le es dado llegar á fijar los precisos límites, dentro los cuales estamos obligados á movernos. Si nos sentimos prisioneros, deplorémoslo cuanto queramos, pero nunca nos será lícito negar la existencia de los hierros que nos impiden el paso.

Acéptese la cuestión tal como se presenta, sin violentarla en lo más mínimo, y veamos de aprovechar

con acierto la indiscutible y mutua influencia del alma para con el cuerpo. Y puesto que al hecho positivo de la concomitancia le falta mucho para ser conocido en detalle, confiemos poder entrar resueltos un día, en campo tan inmejorablemente abonado para estudios fisiológicos bien transcendentales.

¡Qué gran ventaja para nosotros, si, conservando el cráneo las condiciones de solidez que le son propias, nos ofreciera sus paredes enteramente transparentes, y, admitido que se inventaran delicados instrumentos *ad hoc*, nos permitiera así seguir paso á paso las multiplicadas variaciones, los cambios químicos obrados en la intimidad de los tejidos cerebrales, cuando los sentidos les transmiten una impresión, ó cuando, habiendo ésta despertado las diversas asociaciones de ideas, concebimos innumerables y espléndidos proyectos!

Puede perpetuarse la humanidad siglos y siglos, que el trabajo constante de miles de generaciones se necesita, para desentrañar tal cúmulo de fenómenos, al presente completamente ignorados.

CAPÍTULO IV

EL SENTIMIENTO

No siempre una idea lleva aparejado el estímulo que hace falta para iniciar los diversos raciocinios, y mucho menos nos sentimos movidos á obrar en consonancia con el primer concepto que se presenta á nuestra mente; si la idea no despierta en nosotros el menor entusiasmo, ni nos moverá á obrar, ni aun probablemente continuaremos reflexionando sobre ella. Y es que la humana mentalidad se desenvuelve en dos facultades distintas, gracias á las cuales todo ser inteligente, no sólo piensa, sino también, moralmente hablando, siente. Una idea que no se acompañe de sentimiento alguno, podría reputarse muerta al nacer.

Ved la locomotora, que, á la cabeza de la formidable cadena constituída por los coches del *express*, ha de arrastraros en vuestro viaje; mientras permanezca vacía su caldera, poco ganaréis con que arda en el hogar vivísimo fuego, ya que tampoco habíais de adelantar un solo paso. Mas traed allí el agua que aquel recipiente está destinado á recibir, vendrá la ebulli-

ción, el vapor, expansionándose, se introducirá por los cilindros ó cuerpos de bomba, empujará sus émbolos, transmitirán éstos, valiéndose de las correspondientes bielas y manivelas, el movimiento á las ruedas motrices que, al deslizarse sobre los *rails,* pondrán en marcha el convoy, para alcanzar, á poco, velocidad enorme.

En el primer caso, aquel alegre fuego, cuya brillantez y movilidad parecía pregonar el gran potencial de fuerza que atesora, se consume estérilmente; así también el poder y la actividad que en nuestro pensamiento se encierra, no se manifestará sin la cooperación de un auxiliar indispensable: el sentimiento.

Si me interrumpiereis preguntando qué viene á ser un sentimiento, os contestaría: ¿Podríais, acaso, vosotros, disertando sobre su naturaleza íntima, ilustrarme respecto á lo que sea una idea? Uno y otra son actos, son facultades de nuestra alma, sin que, al definirlos, nos sea permitido profundizar más.

Los hombres de ciencia no han concedido siempre á la afectividad toda la importancia que se merece; sin embargo, Balmes, resulta bien explícito, al decir en los comienzos de su *Filosofía Elemental:* «La facultad del sentimiento debe ser mirada como una especie de resorte para mover el alma. El hombre sin sentimiento perdería mucho de su actividad, y en algunos casos no tendría ninguna.» Un poco más abajo, ponderando la utilidad que de la misma reportamos aún en los trabajos puramente intelectuales, añade: «El estudio hecho

con entusiasmo es más intenso y más sostenido... No hay hombre de genio sin este sentimiento exquisito... todos los grandes pensadores tienen momentos de elocuencia.»

La inteligencia necesita de la afectividad; pero no se olvide que, según ley natural, la idea está por encima del sentimiento; precisando, por tanto, que este último no eluda la dependencia á que le somete la superioridad de aquélla. En un todo conformes con nuestro gran filósofo, podemos exclamar: «El sentimentalismo, abandonado á sí propio, es un manantial perenne de extravagancia y de corrupción.»

Al entrar en actividad una cualquiera de nuestras facultades, de hacerlo desordenadamente, se seguirá una perturbación tanto más transcendental cuanto más importante sea ella; nada tendrá, pues, de particular que, desde su cuna, la humanidad haya visto á la Religión preocupada en dirigir determinados sentimientos, legislando sobre las pasiones. Es bien significativo que, al nacer, lleve ya el hombre grabadas en su conciencia leyes análogas, indispensables para salvar el orden moral.

¿Y quién en nuestra época de progreso científico tan gigantesco, no ve que se impone, sin dilación, un amplio estudio de la sensibilidad interna en todas sus formas? No podrá dejar de comprenderlo así el médico, cuando este trabajo le pertenece á él por entero, pues es imposible llevarlo á cabo sin ser fisiólogo, tanto como es ilusorio creerse fisiólogo, sin

poseer extensa noción de estas cuestiones psicológicas.

Siendo lo que nos detiene el sorprender en sus manifestaciones á una de las formas más interesantes de la actividad anímica, seguramente habremos de referirnos á algún movimiento ó cambio material de los que integran la actividad del cerebro; siquiera parecido órgano no pueda nunca llegar á ser el verdadero sujeto de la sensibilidad interna, ejercitada por aquel ser simplicísimo, que, echando mano, en primer lugar, de las sensaciones, veía nacer dentro de sí la idea, idea cuyo poder, desarrollado al impulso de estos propios sentimientos, nos arrastra en las más encontradas direcciones. La conciencia nos demuestra la verdad de cuanto acabamos de consignar, y nos enseña más, nos asesora de cómo este sujeto, de conformidad con el concepto actual de la cosa, odia hoy lo que *él mismo* idolatraba ayer, hecho que entraña la existencia de sentimientos diversos en un mismo ser, siempre uno y que no cambia á pesar de los años. No queremos repetirnos haciendo notar que la materia es esencialmente compuesta y carece de estabilidad.

La modificación material ú orgánica á que hemos hecho referencia, parece marcarse en el cerebro por la mayor intensidad de las reacciones operadas en la intimidad de sus tejidos, á compás de la correspondiente idea. De realizarse así las cosas, nos explicaríamos sin dificultad, porque nos cuesta tanto desviar la

atención de un suceso trágico, que nos haya conmovido profundamente; parecido fenómeno no podrá extrañarnos, mientras veamos á la impresión moral dibujar en el cerebro, con fuerza é intensidad á ella proporcionada, el movimiento material que representa allí los varios pensamientos sugeridos por el hecho emocionante.

Una escena sangrienta será también reproducida por nuestra imaginación, con harta más frecuencia de la que nosotros quisiéramos, y esto sin que la sensación originada por la sangre con su coloración roja, haya sido más viva que al desdoblar ante los ojos un lienzo encarnado, de color tan subido como nos plazca; lo que hay en tal caso, es un sentimiento, ora de horror, ora de conmiseración, despertado al formarnos idea de la cruenta herida, que hubo de presentarse á nuestra vista. Si á semejante idea le hubiese faltado en absoluto el concurso de la afectividad, podéis estar seguros de que su recuerdo no nos molestaría en lo más mínimo.

Cuando la sensación dió origen á una idea, nacida ésta, la inteligencia entraba ya á trabajar independientemente, enlazando juicios los más diversos; mas no podemos ahora decir lo mismo del sentimiento, secuela natural y necesario sostén de la idea. Fijo el pensamiento en un ser querido, en un evento favorable de nuestra vida, nos sentimos dichosos, perdurando este bienestar interno, si bien de manera cada vez más velada á medida que el recuerdo agradable

va desvaneciéndose; si apetecieseis un cambio más ó menos brusco, haría entonces falta un concepto contrapuesto, y así lo obtendréis fácilmente, al presentarse de súbito á la memoria, alguna de las circunstancias que concurrieron en un suceso para vosotros funesto, quedando, ante la idea del mismo, inquietos y mohinos en extremo. El sentimiento aparece siempre unido íntimamente á la idea que lo engendró, va y torna con ella. Es su compañero indispensable, su fuerza, su preponderancia; pero por sí solo tampoco tiene medio de subsistir.

Parece, á veces, levantado nuestro espíritu por ráfaga de injustificado júbilo, á la manera que en otras ocasiones, diríase sumido en un ambiente de profunda tristeza, en apariencia también inmotivada; pero, aun suponiendo que no existe un vago conjunto de pensamientos melancólicos ó de ideas halagüeñas, que insensiblemente deprimen ó levantan nuestro ánimo, podremos comprobar como un sentimiento, por ejemplo, depresivo, para poder sostenerse, se aferra al primer concepto, tiznando todos nuestros planes de un negro pesimismo, y, ó logra su intento, ó la depresión de espíritu desaparece al influjo de un pensamiento, que, no rindiéndose, flota alegre y risueño.

Todo ello nos revela cuán innecesario es admitir multiplicidad de estados cerebrales, al tratar de establecer el hecho de concomitancia psíquico-encefálica para la ideación y para la afectividad; hablándonos tan sólo de mayor viveza, de modalidades diferentes

en una misma reacción, que siempre es, á la vez, química —cambios químicos intracelulares en la substancia gris — y física — desprendimiento de calor, de electricidad... —; viveza ó intensidad reaccional posiblemente muy apta para dificultar el enlace, para turbar la acción recíproca existente entre las integrales orgánicas del psiquismo. Nos resulta, pues, bien explicable, la perturbación que un sentimiento algo intenso lleva siempre aparejada.

Venimos evitando la compleja cuestión de los diversos centros nerviosos interesados en la realización de un acto voluntario, de sus enlaces é influencias recíprocas; y hubiésemos hecho, á buen seguro, lo mismo, de poseer respecto á semejante punto, conocimientos confirmados y perfectamente concretos, pues ello nos hace pensar en algo, así como las leyes que, integrando la Constitución de un país cualquiera, establecen engranajes más ó menos lógicos, pero siempre independientes de las cualidades que puedan adornar al jefe del Estado y del acierto mayor ó menor que acompañe su gestión. No se olvide estudiamos un mal primordialmente de nuestro espíritu, al cual buscamos sanar y perfeccionar. Recordemos el criterio dualista que la lógica impuso á nuestra razón, criterio que nunca será obstáculo para conceder al acto preciso de concomitancia, toda la importancia que pueda caberle.

Podríamos dividir los sentimientos en dos grandes grupos, figurando en el primero todas aquellas manifestaciones afectivas que nos arrastran, que nos apro-

ximan á un objeto ó ser, sentimientos de atracción, en una palabra, sentimientos positivos, como el cariño y el entusiasmo; colocando en el segundo los sentimientos negativos, de repulsión, que, como el odio y el temor, nos apartan de la cosa odiada ó temida.

No sabemos si á cada grupo le corresponderá una modalidad especial, dentro el movimiento cerebral único, á que hace un momento nos referíamos; mas, de ser así, un cambio, un trastorno, posiblemente congénito, de esta modalidad propia, haría bien posible una verdadera locura de la afectividad, dando lugar á explosiones de sincera alegría ante la idea de una catástrofe y viceversa. Es difícil decir hasta qué punto puede admitirse esta locura independientemente de la locura de la ideación; pero, de todos modos, nada tienen que ver con ella los procesos morbosos que aquí tratamos de estudiar.

Á nosotros sólo ha de ocuparnos la manera poco discreta como dicha afectividad, más ó menos lógica en el fondo, entra en juego, su exageración, pongo por caso; y para explicárnoslo, puede que nos baste echar mano de la mayor ó menor viveza desplegada en el ejercicio del acto cerebral concomitante con el de la inteligencia. Parecida excitabilidad funcional demuéstrase en el resto del organismo, donde repercute acelerando los latidos cardíacos, tornando bruscos y violentos aun nuestros movimientos más habituales, que ya sabemos serán siempre señales evidentes de un estado pasional de ánimo, semejantes fenómenos.

No andábamos equivocados, al vislumbrar, desde los comienzos de este trabajo, los diferentes aspectos bajo los cuales se nos puede ofrecer el dinamismo encefálico, según se trate de un defecto de razón, ó de anormalidad en un sentimiento lógico. Entre un cambio funesto en el tipo natural de las reacciones químico-orgánicas, más aun, entre una alteración morfológica, inasequible hoy á nuestros medios de investigación, ó que, por su carácter transitorio, nunca podrá revelarse en el cadáver; entre esto, decimos, y una simple, aunque quizás desacertada exageración de un movimiento fisiológico, hay un gran paso. Puede, pues, el neurasténico quedar tranquilo; procure, con sosiego, corregirse.

Aun cuando en repetidas ocasiones, especialmente durante la juventud, los moralistas nos han ponderado el peligro de ver trastornada nuestra razón, si no nos decidimos á luchar contra las pasiones, á abandonar nuestros malos hábitos; sin embargo, raras veces logran despertar la sana alarma deseada, pues nos parece tratan de sentar regla, basándose en la excepción.

Cabe en lo posible, no lo negaremos, que si viene intensidad desusada en las combustiones intracelulares, lleguen, al fin, á resquebrajarse ó alterarse las paredes del recinto donde se realizan — lesión morfológica —, ó que, al reproducirse algunas tenazmente, dejen desviado en definitiva el correspondiente tipo normal de aquéllas; pero tampoco podemos ocultar la confianza que nos inspira la previsión suma desplegada constantemente por la naturaleza, y los innumerables recursos

que atesora. Si bien dentro de mis relaciones y amistades juveniles encuentro uno que otro caso de enajenación mental, lograda por el resbaladizo camino del vicio, ellos me recuerdan, por ejemplo, algún condiscípulo, que lo fué en edad cercana á la adolescencia, y cuya inteligencia me parece debía ya entonces reputarse enferma, tan escaso era su desarrollo; ó bien me hacen pensar en antecedentes de familia nada envidiables. Tampoco debemos echar en olvido que, cuando el sentimiento se apoya en una función tan material como es la genésica, al abusar de él, nos exponemos á ciertos contagios, ó abusamos á la vez lastimosamente de nuestro organismo, el cual correrá el peligro de sufrir cualquiera lesión, encargada de explicarnos la desviación mental como fenómeno secundario. En análogos términos nos expresaríamos si habláramos de otros vicios.

El desequilibrio tan frecuentemente comprobado entre la facultad de pensar y la de sentir, acusando generalmente un superávit de sentimiento, presenta diversas y múltiples gradaciones; pero téngase en cuenta, que el más y el menos es aquí relativo, pues en un hombre de potente inteligencia se conservará mejor el equilibrio, á pesar de un gran bagaje de sentimentalismo, mientras que un individuo de cortos alcances apenas si puede con una dosis mucho menor de afectividad. Tal es el desequilibrio por el cual todos somos reputados locos en poco ó en mucho, según dicho vulgar.

Antes de cerrar este capítulo, permítasenos hacer constar, que el sentimiento, que la emoción no es un simple epifenómeno, pues si una madre llora la muerte de su hijo, es porque la vista, el oído, los sentidos todos, informan á la mente del fatal desenlace, engendrando la desconsoladora idea de haber perdido para siempre al ser amado; la idea fría se transforma inmediatamente en pasional, y el sentimiento, acto de nuestra alma, da lugar á sus manifestaciones exteriores: los suspiros, el llanto, etc. Pretender que el reconocimiento material del cadáver es el excitante que determina el lagrimeo, la aceleración de los latidos cardíacos..., naciendo la emoción deprimente de la posterior comprobación de estas alteraciones, nos parece tan gratuito, que juzgamos innecesario el rebatirlo. ¿Nace, acaso, una emoción parecida, cuando algún cuerpo irritante obra sobre la conjuntiva y determina el aumento de la secreción lagrimal?

CAPÍTULO V

LA VOLUNTAD

Si con prolija y sabia previsión, se hubiera determinado fijamente la naturaleza y la intensidad del sentimiento que cada idea debía despertar en nosotros, la justeza en el obrar hubiese sido entonces admirable, y el hombre un ser, á primera vista, mucho más acabado de lo que es hoy día; pero, si bien á ese hombre imaginario, jamás habría de exigírsele responsabilidad alguna, por actos ilícitos que no había de cometer, tampoco merecería nunca la menor recompensa por su proceder correcto, pues sería bueno fatalmente. No podría ser malo, ni estaría en su mano dejar de ser perfecto, careciendo, en consecuencia, de libertad.

Para que pudiéramos disfrutar de esta precisa libertad, dejóse aquí un vacío sin llenar; intencionadamente, al parecer, no quedaron anudados todos los cabos, y así, suelto alguno de ellos, puede servir á la humanidad de asidero por donde llegar á contraer mérito mayor ó menor, que se querrá premiar con proporcionada recompensa.

Emancipada la exuberante facultad del sentimiento, se nos presenta cual menor de edad, poseedor de envidiables dotes y riquezas, prematuramente libre del freno de padres y tutores; ¡trabajo había de costarle á cualquier superior que lo intentara hacer valer su autoridad! Así también la inteligencia — facultad superior — se ve obligada á luchar denodadamente para imponer sus indiscutibles derechos sobre el sentimiento, valiéndonos tal combate premio adecuado, si logramos la victoria. En la práctica mereceremos reproche las más de las veces, lo sabemos, pero ello es debido á un desgraciado hábito, que la propia humanidad ha establecido, rindiendo, cobarde, la razón.

Ya no nos extrañará ahora la natural veleidad que caracteriza al sentimiento, veleidad que no hemos de confundir nunca con la locura afectiva, mencionada en el anterior capítulo, que se demostraría por un movimiento emotivo *absolutamente improcedente,* y sería consecuencia necesaria de un transtorno congénito.

Mal haríamos en terminar estas compendiadas nociones de psicología, sin abordar, siquiera sea ligeramente, problema tan interesante á nuestro objeto, cual es el de la humana responsabilidad. Veamos, pues, cómo se expresa el escritor Ernesto Naville, en su libro dedicado á la defensa del libre albedrío:

«Todo cuanto el hombre ejecuta fuera de los movimientos puramente instintivos, es el producto de su voluntad. Pero, concebir la voluntad como un poder libre, creador único de sus actos, admitir la voluntad

de indiferencia, es un error que el estudio algo atento de la psicología nos induce á abandonar prontamente.

»Una volición de la cual resulta un acto cualquiera es un hecho que contiene en sí numerosos factores y que da lugar á delicados análisis.

»El poder de obrar se encuentra siempre en presencia de los móviles de la sensibilidad y de los motivos de la inteligencia, y estos motivos no se convierten en móviles más que en la medida de los deseos por ellos engendrados. La idea de un acto no tiene influencia alguna, mientras no se junte á esta idea una atracción ó una repulsión. Estamos, pues, delante de impulsiones diversas y muy frecuentemente opuestas.

»La tesis del determinismo es que estas impulsiones producen nuestros actos de una manera necesaria, fatal. La tesis de los partidarios del libre arbitrio es que, sometidos á impulsiones diferentes, tenemos el poder de escoger, de resistir á unas ó de ceder ante otras. La libertad humana es esencialmente relativa; ella no se manifiesta más que en la posibilidad de escoger entre dos *solicitaciones* que preexisten al acto de la voluntad, porque la voluntad no puede crearse su objeto.»

Debía ya preverse que, tratándose de una facultad humana, había de ser forzosamente relativa; pero oigamos ahora al determinista, Dubois, comentando parecidos conceptos:

«Quién no ve que el acto de *escoger*, de *resistir*

á ciertas impulsiones, de *ceder* á otras, constituye precisamente una *volición* en el sentido más estricto de la palabra. Entonces, según el mismo Naville, una volición es siempre *determinada* por la atracción ó la repulsión que acompaña á la idea. Si escogemos, resistimos, cedemos, es manifiesto que nos llevan á ello ora los *móviles de la sensibilidad,* ora los *motivos de la inteligencia. Cedemos,* pues, en todo caso, á una atracción ó á una repulsión. Es la libertad del pedazo de hierro atraído por el imán.»

. . . .

«Siempre que llevamos algo á cabo, *obedecemos* á algún sentimiento, á alguna idea. Analizad un acto cualquiera, desde el sacrificio de un mártir al crimen más execrable, encontraréis en todo caso un móvil imperioso que ha determinado la acción. En el uno es una nobleza innata de sentimientos, debida á la herencia, fortalecida por la educación; son las convicciones morales, religiosas, cuidadosamente mantenidas por el medio familiar ó social, en que ha vivido el individuo; en el otro son las invencibles impulsiones del egoísmo brutal, las pasiones bajas cultivadas, cual plantas muy vivaces que son, en el *humus* fecundo del medio social.»

. . . .

«En el mismo lenguaje corriente es fácil encontrar expresiones que denotan la intuición de esta esclavitud frente á los diversos móviles. Se propone, por ejemplo, á una persona, un acto reprensible que ten-

dría para ella, á primera vista, evidentes ventajas. Seguidamente la lucha se establece. El individuo se siente en el primer momento arrastrado por la atracción que sobre él ejerce el acto culpable. Pero, las asociaciones de ideas se suceden, surgen las concepciones morales, ellas se presentan cada vez más claras. Bajo la influencia de la reflexión, quizá de los consejos de otras personas, la situación se despeja. La idea del acto pierde su atractivo, llegando hasta á hacerse repulsiva. Los motivos de la inteligencia, al contrario, se hacen más imperiosos; de la idea fría, intelectual, nace la convicción calurosa, avasalladora, y de pronto exclama aquella persona: No, ¡yo no *puedo* hacer esto! Ha cedido á la impulsión más fuerte y en una ingenua intuición del determinismo moral, ha dicho: *Yo no puedo* y no *yo no quiero.*»

Si nos fijamos con atención en los párrafos transcritos, poco nos costará ver cómo ambos autores admiten implícitamente, que las *solicitaciones* preexistentes al acto de voluntad, que las impulsiones diferentes entre las cuales tenemos el poder de escoger, en una palabra, que la atracción y la repulsión consisten siempre en un sentimiento. Al hablar de los *móviles de la sensibilidad,* se refieren, es evidente, á la sensibilidad interna ó moral, y los *motivos de la inteligencia* no se convierten en *móviles,* más que en la medida de los deseos por ellos engendrados, del entusiasmo *caluroso y avasallador* nacido de los mismos. Tenemos esto por muy cierto y lógico, desde el momento que hemos

considerado á la idea desprovista de vitalidad y sin fuerza alguna, cuando le falta en absoluto el concurso del sentimiento; pero no nos resulta tan claro que el hombre deba ceder necesariamente ante el sentimiento que más pujante se presente. No comprenderíamos entonces por qué motivo la naturaleza humana nos ofrece aquel vacío á que antes nos referíamos, y que se nos antojaba bien oportuno, pues nada excusaría la deficiencia que supone el no estar regulada la naturaleza é intensidad del sentimiento, de conformidad con la idea que lo engendró.

Colocado en el terreno á que nos traslada con sus palabras el último de los autores citados, procuro también yo analizar, por cuenta propia, mis actos y los de mis semejantes, sacando la triste convicción de que, efectivamente, somos arrastrados repetidas veces por impulsiones diversas, en las más encontradas direcciones, contra lo que nosotros mismos quisiéramos. Pero, en medio de todo, permanezco suspenso, al contemplar como un sujeto á quien impulsa violentísima pasión, reforzada por las especiales condiciones de su temperamento, se dispone á obrar en consonancia con ella; mas la voz de un extraño balbucea una pequeña advertencia, y aquel hombre, cuando el motivo de razón carecía casi de fuerza, se detiene, intercala un compás de espera, y reflexiona sobre la acción ya casi comenzada. Conozco con cuanta frecuencia, cediendo á un torcido hábito humano, veremos á la pasión desbordada ganar la batalla en definitiva, si bien en otras

ocasiones saldrá asimismo triunfante el sentimiento más moderado, más justo y razonable.

Quien posee el don de pararse en su carrera, con el fin de elegir, entre determinados caminos, el que más conveniente le parezca, puede reputarse relativamente libre al hacer uso de su actividad, y este acto de detenernos, de hacer un alto, para reconocer el bien ó el mal que en nuestra conducta va envuelto, es un hecho de observación innegable, el cual dista mucho de la fatalidad con que el pedazo de acero es solicitado por el imán.

Se ha dicho que era empresa desesperada, la de querer sacar á flote la libertad humana, en vista de la coexistencia de los fenómenos cerebrales con la actividad del alma; mas, al expresarse así, se echa en olvido que nos es y nos será constantemente desconocida, la naturaleza del vínculo que une el espíritu con la materia, y *las condiciones bajo las cuales éste se establece,* conforme apuntamos en otro lugar; aparte de no tener tampoco en cuenta, que del tal paralelismo funcional nada hemos averiguado en detalle. Por un lado interviene en el hecho un ser perteneciente á esferas no materiales, de las cuales nos es imposible obtener la más mínima noticia, siendo, cuando menos muy aventurado, el pretender sujetarle á leyes análogas á las comprobadas en el mundo material; y de otra parte nos encontramos con la falta absoluta de estudio, que permita saber algo concreto respecto al acto mismo de concomitancia. Con tan incompletos elementos, ¿cómo

podremos señalar con fijeza, en cualquier momento, la dependencia que, efecto de la mencionada correlación, ha de resultar para el alma?

También el jinete parece fatalmente arrastrado, en sus movimientos, por el caballo que monta, *máxime* si le suponemos sujeto á la silla de expresa y sólida manera; pero, aun entonces y siendo muy inferior en energía física, gracias á la mayor perfección de su naturaleza que le permite valerse de medios indirectos, fáciles para él, logrará contener la impetuosidad del noble bruto, deteniéndole, de pronto, en su veloz carrera, ó conseguirá desviarlo de su presunta víctima, cuando ya parecía inevitable cualquier sensible atropello, atropello que, de consumarse, habría dado lugar á que se le exigiera la responsabilidad consiguiente.

Parécenos desprenderse de lo dicho dos conclusiones importantes: No hay suficiente razón para negar la existencia de la voluntad, pero jamás podrá el hombre averiguar con certeza si su semejante, en un momento dado, es dueño de ponerla en juego. Se trata, diríase, de una gran perfección que nos ha sido otorgada de la manera más imperfecta.

Desde este instante, nadie debiera erigirse en juez de sus hermanos, pues sólo el Supremo Ordenador de cuanto existe puede juzgar con exacto conocimiento de causa, siendo el único á quien corresponde exigir responsabilidades. Estimo bien oportuno recordar á los católicos las palabras de su divino maestro refirién-

dose á la mujer adúltera: ¡Aquél que se encuentre libre de pecado, arroje sobre ella la primera piedra!

Las bases sobre que descansan nuestros Códigos penales son sobrado gratuitas; el hombre no ha de imponer castigos, pues no puede nunca apreciar si existe verdadera culpabilidad.

Mas oímos ya exclamar: La seguridad personal ha de quedar á salvo, toda sociedad bien constituída ha de atenerse á sus reglamentos, y quien no respete la una y los otros precisa que sea reprimido. En un todo conformes con tal doctrina, empezaremos por hacer notar, como el mejor medio para alejar los efectos desastrosos del mal, es prevenirlo, y la seguridad personal, por ejemplo, estará más garantida, vigilando, aislando al ser degenerado capaz de atentar contra la misma, que no castigando al delincuente, una vez consumada la falta, con la cadena del presidio ó con el patíbulo.

Establecer la misma policía de las costumbres fuera notable adelanto. La vigilancia del padre que, idolatrando á su hijo, le encierra muy niño en un pensionado, pues su temperamento era incompatible con la vida de familia, nos da la medida de lo que corresponde hacer al Estado, respecto de los individuos que dentro de él se agrupan; trasladado el niño á un medio más apropiado, se siente feliz, y el padre, que no ha castigado, sino atendido á una necesidad, reposa en la íntima satisfacción de quien cumplió un deber, seguramente penoso. Asilos de observación, asilos especiales para los alcohólicos, etc. ¡Qué poco geneneralizado está

todo eso fuera de España, pues aquí es casi desconocido!

Cierto que, delante del hecho brutal, al contemplar frente á nuestros ojos las horrorosas consecuencias del crimen, instintivamente pedimos, con gran vehemencia, el más enérgico castigo, prontos siempre á aplicar la pena del Talión, llegando á exigir vida por vida. Mas cuando, restablecido el sosiego, no nos ciega la pasión, harían muy bien los hombres pensadores en estudiar con ahinco el problema de la libertad humana, y al parar mientes en los mil trastornos, desconocidos, sí, pero no por esto menos reales, que perturban á cada momento el regular funcionalismo cerebral, al cual están ligadas, en una forma ú otra, las facultades del alma, no podrán menos de declararse incompetentes para fallar la cuestión de la *responsabilidad* en cualquier caso concreto.

Dirigiéndome á muchos padres de familia, podría ser yo ahora quien exclamara: ¡Suponed que este vuestro hijo, voluntarioso, de indómito carácter, arrastrado á las mayores inmoralidades, á pesar de vuestra vigilancia y de vuestro constante celo, cuyos actos innobles habéis mantenido ocultos gracias á vuestras poderosas influencias, quizá á vuestras propias riquezas; suponed á este joven creciendo desamparado en la vía pública, acogido á intervalos en el seno de una cárcel, escuela donde son preceptores criminales de oficio, y considerad con espanto lo que fuera de él!

Si se nos dijera que la sociedad necesita la sanción

penal, porque sin ella fuera imposible contener al delincuente y evitar el crimen, nos parecería la afirmación, no sólo exagerada, sino equivocada en extremo. La historia de la humanidad no abona semejante procedimiento, pues, acatado durante siglos, ha reportado de él bien escaso provecho.

Cuando se trate de un epiléptico impulsivo, de un alcohólico, hemos hablado de asilos especiales, donde aquel individuo queda aislado del resto del cuerpo social, á cuya regular marcha se oponía, permaneciendo asimismo en tal sitio, sujeto á los cuidados que su mísero estado reclama.

Si tuviésemos que ver con un delincuente de ocasión, procuremos conocer los móviles que le indujeron á obrar, las influencias diversas que ha sufrido, llegando así hasta la fuente, hasta el origen mismo de la mala acción; y estudiar luego los medios más apropiados para transformar su mentalidad, logrando por tal modo eliminar un malhechor, y á la vez, regenerándolo, traer á la sociedad un nuevo individuo útil.

Al criminal peligroso é incorregible encerradle definitivamente en lugar á propósito, del cual no le sacará indulto alguno; pues, no existiendo castigo, no procederá jamás al perdón. No convirtamos nunca en mártires á estos pobres degenerados, y no se excitará la admiración de otros seres que, debido á un desequilibrio semejante, hasta entonces no manifestado, se sienten atraídos por el perverso ejemplo. Advirtamos que el desgraciado enfermo sólo puede inspirar

lástima. La apología del crimen, que nuestros periódicos toman por su cuenta, carecerá de toda base y sectas como las terroristas se desmoronarán por falta de verdaderos apóstoles.

La acusación y la defensa no tendrán ya que falsear los hechos en los tribunales de justicia, ni se verán obligados á arrebatar al jurado con los rotundos períodos de su enérgica oratoria, hoy los encargados de inclinar la balanza de la justicia hacia aquel que mejor haya sabido emocionar al auditorio. Todos deben coadyuvar á igual fin, ó sea el de dar con el medio más apropiado para, separando de nosotros al culpable, llegar á convertirle en un hombre nuevo.

En virtud de lenta pero progresiva evolución, ha de alcanzarse semejante ideal, sin que valgan para impedirlo las dificultades, hoy enormes, de la empresa. Hasta aquí sí que llega el constante progreso de la humanidad, no cabe la menor duda. Las sociedades del porvenir harán suyos en absoluto parecidos principios.

Seguramente que, al médico corresponden las múltiples cuestiones de medicina legal aquí entrañadas; pero las precedentes consideraciones las hemos ahora esbozado, por la sencilla razón de que de ellas depende la actitud del médico, ante el enfermo neuro-psíquico, raras veces comprendido, constituyendo, además, este capítulo, el fundamento de nuestra terapéutica moral.

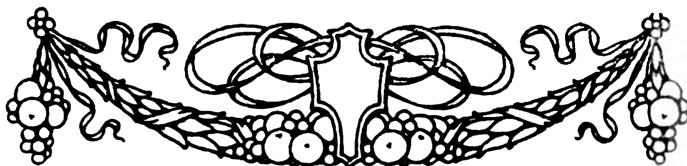
Como dice Dubois: «...los enfermos que mueren, aquéllos que llegan á sanar y aun los que no logran

su curación, son los muertos, los heridos y los inválidos de la vida. Enterramos á los primeros, cuidamos de los restantes, les respetamos y honramos».

«Los delincuentes son, á nuestros ojos, los soldados indignos, á quienes se castiga disciplinariamente, llegando hasta á fusilarles. Los *psiconeuróticos* son los rezagados del cuerpo de ejército. Se es con ellos menos severo. Ellos justifican algo su incapacidad para la marcha, son pobres lisiados, es visible. Pero indudablemente no se les ama, se está pronto á lanzarles en cara el reproche de pereza, de simulación, de falta de energía. No sabemos si dar crédito á sus dolencias, si llevarlos á la enfermería, ó si será preciso tratarlos con dureza y enviarlos á la maniobra.»

Hora es ya de poner fin á esta indecisión y adoptar un criterio fijo.





ESTUDIO DE LAS PSICONEUROSIS

CAPÍTULO VI

LA SUGESTIÓN

VAMOS á entrar de lleno en el estudio de las psiconeurosis, y, al hacerlo, empezaremos ateniéndonos en absoluto al concepto de las mismas expuesto por Dubois, para concluir luego con un pequeño comentario, que la autorizada opinión del profesor Dejerine abona, y será modesta contribución pagada á estudio tan interesante.

Los síntomas físicos, los innumerables trastornos funcionales que acompañan á estos especiales estados, simularán las más diferentes afecciones, sin presentar nada de característico, como no sea alguna marcada incongruencia, reveladora discreta de la verdadera afección que tras ellos se esconde. Sólo al dirigir la mirada escrutadora de la inteligencia á la mentalidad de nuestros enfermos, encontraremos base suficiente para el diagnóstico; entonces será cuando

daremos con los únicos síntomas característicos de las psiconeurosis todas: la *sugestionabilidad,* la *fatigabilidad*, la *sensibilidad* y la *emotividad* exageradas. Sepamos, desde luego, qué es la sugestión.

Hemos explicado cómo los múltiples cuerpos ó seres materiales que por doquier nos rodean, gracias á las cualidades sensibles que en ellos se encierran, y que vienen á afectar de manera apropiada los aparatos externos de los sentidos, dan impulso á nuestra vida psíquica, despertando las diversas asociaciones de ideas. Todo pensamiento es, pues, engendrado, ó bien por una sensación, ó bien por otra idea que le antecede en nuestra mente, ó que algún semejante nos comunica con su palabra.

Si el órgano de sensibilidad especial, el nervio apropiado ó el centro cerebral correspondiente están lesionados, el testimonio que por aquí nos llega es equivocado ó incompleto, y el juicio resultante carecerá de normalidad; igual habrá de suceder, si, sufriendo un reblandecimiento ú otro trastorno cerebral cualquiera, se introduce una alteración fácilmente comprobable en la regular sucesión de los fenómenos intelectuales, Pero, sin llegar á tanto, efecto, unas veces, de precipitación al apreciar el acto de sensibilidad, ó en virtud, otras, de la presión ejercida por la palabra, por el concepto ajeno, tenemos igualmente anormalidad más ó menos acentuada en el trabajo psíquico. Todos hemos sido víctimas de esta perturbación ó *sugestionabilidad.*

Cierto que, ateniéndonos al significado que el diccionario de la Academia da al verbo sugerir, puede que él no nos sirva para expresar exactamente cuanto con esta palabra nos proponemos decir ahora. Copiemos la interpretación que en tal lugar se le asigna: *Hacer entrar en el ánimo de alguno una idea ó especie, insinuándosela, inspirándosela ó haciéndole caer en ella. Sugerir una buena idea; sugerir un mal pensamiento.* Pero al ocuparse luego del término *sugestión,* se hace, en igual sitio, constar que *se toma frecuentemente en mala parte.* Es indudable, pasa entre nosotros lo mismo que en su obra indica Dubois, y cuando hablamos de sugestión, se entiende implícitamente que nuestra buena fe ha sido más ó menos sorprendida, que empleando hábiles subterfugios, se nos ha conducido por caminos, á buen seguro no emprendidos de haber escuchado sólo los consejos de la razón.

Interesado en diferenciar la *persuasión* de la *sugestión,* hay quien ha dicho que esta última entra en el entendimiento por la escalera reservada á la servidumbre, mientras que la persuasión lógica llama á la puerta principal.

Que no es el hombre en mayor ó menor grado enfermo el único sugestionable, nos lo demuestra el hecho de haberse pretendido que todo en nosotros era pura sugestión, de tal manera el hombre, aun el de más sano juicio, se deja vencer por la misma. Conste la opinión de Bernheim: «No todo es sugestión, pero en todo hay sugestión.»

Sumamente interesantes son los experimentos del alemán M. Krause, que, titulándose «suggestor», ha dado sesiones en diferentes sitios de Alemania y de Suiza. Después de definir, valiéndose de un razonamiento muy claro, lo que sea la tal sugestión, empieza sus demostraciones actuando sobre unas quince personas jóvenes que ha reunido en el estrado (1); se dirige á una de ellas y le obliga á volver con violencia la cabeza atrás, á abrir ampliamente la boca y cerrar los ojos; luego, con voz dulce insinúa: ¡Ya no os es posible abrir los ojos! El sujeto los abre, sin embargo, fácilmente, cierra sin dificultad la boca y vuelve á su actitud normal, siendo despedido como individuo refractario.

Habiendo sucedido lo mismo con el segundo sujeto y no obedeciendo mejor un tercero, el público teme que las experiencias no darán resultado; pero Krause no se inmuta y dice tranquilamente:—Sí, es indudable, habéis logrado abrir los ojos; pero, ¿no es cierto que os ha costado algún trabajo? Eso no marcha como en estado normal. — Algún esfuerzo me ha costado — balbucea el joven, dudando ya de sí mismo.

Fija al cuarto individuo en la silla doblando hacia atrás la columna vertebral, le reenversa bruscamente la cabeza, separa los maxilares, y le cierra los ojos; después con acento de convicción le dice:—No podéis ya abrir los ojos, ni cerrar la boca, ni aun pronunciar

(1) De un relato del Dr. Dubois.

vuestro nombre; ¡ensayadlo, no lo lograréis!—Y nuestro hombre permanece inmóvil en tan ridícula posición, expuesto á la befa del público, hasta que M. Krause ordena al sujeto vecino poner su mano sobre el pecho del joven y contar uno, dos, tres, abriendo, al llegar aquí, los ojos y comportándose como una persona normal.

Su timidez, la turbación, el estado de ansiedad expectante ha permitido á la sugestión enseñorearse de su ánimo, y á la representación, á la idea de impotencia ha sucedido la impotencia real.

Obtenido este éxito, el sugestionador procede rápida y seguramente. Apoya uno de los tales sujetos contra una columna, induciéndole á creer que no le es posible apartarse de ella, y el infeliz hace vanos esfuerzos para abandonarla. La catalepsia del brazo y de las piernas viene sin demora. Desdobla la personalidad de semejantes individuos, les transforma en otras personas, llevándoles á apoderarse de los relojes de sus oyentes. Y por fin, abismándoles en la representación de su personalidad normal, ofrece el curioso espectáculo de estos mismos jóvenes que, asombrados, comprueban con espanto los actos por ellos acabados de realizar. Todo se ha logrado sin nada de sueño hipnótico, adviértase bien.

Refiramos todavía otro caso, mencionado asimismo por el ilustre profesor de Berna: Un soldado acaba de entrar en el hospital con una sencilla angina, y el médico le hace á quemarropa la siguiente pre-

gunta: ¿Desde cuándo tenéis paralizado el brazo derecho? Admirado el enfermo, protesta tímidamente y asegura que su brazo está sano; pero el facultativo de referencia no pierde su aplomo, y dirigiéndose á los alumnos que le acompañan: He aquí, les dice, un joven que presenta una parálisis *psíquica* del brazo derecho, y, como acostumbra suceder en esta curiosa enfermedad, el paciente no tiene conciencia de su impotencia; podéis, sin embargo, comprobarla, pues cuando, después de haber levantado el miembro, lo abandono de nuevo, cae cual masa inerte! En efecto, el brazo permanece paralizado hasta el día en que una sugestión contraria viene á devolverle el movimiento.

Precisa un acendrado espíritu crítico para escapar al yugo de este generalizado defecto.

Suponed ahora una simple exageración de semejante defecto, y habréis dado con el síntoma fundamental de las diversas psiconeurosis. Ved surgir de nuevo la inevitable sombra de la *relatividad*, que por todas partes nos persigue; porque ha de resultar bien imposible, fijar con exactitud la precisa línea divisoria que separa el estado de salud de la enfermedad propiamente dicha. No sabremos nunca dónde acaba el primero ni dónde empieza la última.

Ante enfermos semejantes, se impone en ocasiones un minucioso reconocimiento de los órganos, al parecer, lesionados, empleando entonces los numerosos instrumentos y procedimientos varios de que á este fin

disponemos, y que debemos agradecer, en gran parte, al asiduo concurso de las diferentes ciencias auxiliares. Desde la comida de ensayo, preliminar indispensable para el útil cateterismo del estómago y consiguiente extracción de su contenido, que ha de dar lugar al oportuno análisis físico-químico en el caso de posibles alteraciones gástricas; hasta la propia laparotomía exploradora, pasando por las múltiples aplicaciones de los rayos *X*, viene todo á evidenciar cumplidamente lo mucho que hemos progresado en este sentido. Pero las más de las veces, acostumbrados á observar desde mayor altura, con criterio más amplio, el médico abarcará la situación de una sola ojeada, y se abstendrá de emplear en el hombre tal especie de vivisección, no sólo innecesaria y molesta, sino en extremo peligrosa, pues ello podría aumentar ó entretener temibles autosugestiones, ocasionando así un mal bien positivo.

Algunos de estos medios de exploración débense sólo utilizar á la manera que, cuando nos vemos precisados á luchar con un estado por demás desesperado, y creyendo nos autorizan para ello las circunstancias, nos decidimos á propinar una dosis algo crecida, en toda otra ocasión reputada como temeraria, de un medicamento activísimo, capaz de originar una intoxicación á poco que lo prodiguemos; hace falta entonces singular prudencia y tacto exquisito.

¡Cuántas y cuántas veces se ha incindido la pared abdominal de una histérica, para ir quizás en busca de una pretendida neoplasia, que únicamente

existe en su exaltada imaginación y en el cerebro del médico, triste es decirlo, sugestionado por su misma enferma! El lector adivinará á cuántos peligros no se la expone por hábil que sea la mano del operador. ¡Ni dónde hallar palabras bastante expresivas para condenar la trepanación del cráneo, llevada á cabo con el exclusivo fin de comprobar la monomanía de un hipocondríaco, quien afirma con persistencia, sentir dentro su cabeza algo que no le es posible definir!

Un mayor ó menor grado de sugestión ha de darnos cuenta de las correspondientes alteraciones funcionales, que, en cada caso, acompañan á las afecciones psíquico-nerviosas; mas el conocimiento de sus diversos matices, de la clase de sugestión que en ocasiones domina por completo el cuadro, facilitará en gran manera el acertado y ulterior estudio concreto de estos estados patológicos.

CAPÍTULO VII

SENSIBILIDAD, «FATIGABILIDAD» Y EMOTIVIDAD EXAGERADAS

Recordando lo que acerca de la sensación tenemos expuesto, fácil nos será distinguir entre la parte física de la misma — dislaceración de los tejidos al originarse una sensación dolorosa, la imagen de un objeto dibujándose en la retina para dar lugar á la visión —, lo que en ella hay de fisiológico — traslado al cerebro de la impresión respectiva, á través del nervio especial — y su parte psíquica, ó sea la afección interna, el acto de sentir propiamente dicho. Hemos visto que si el alma niega su concurso, si deja de prestar la conveniente atención, el acto de sensibilidad no podrá nunca realizarse. El alma es quien, en último resultado, siente, viniendo á ser esta sensibilidad, adrede lo repetimos, una simple manifestación de la actividad psíquica.

No podrá, pues, extrañar en lo más mínimo, que un trastorno asimismo tan genuinamente anímico como el de la sugestión, venga á influir de manera poderosa sobre la propia facultad de sentir.

El aire que respiramos es el encargado de proporcionarnos la cantidad de oxígeno necesaria para que la hematosis se realice, llevando así la conveniente regeneración á nuestra sangre; el aire puro y oxigenado activa, en consecuencia, las funciones nutritivas, siendo un agente tónico de primer orden. Cuando el ácido carbónico en cantidad excesiva, ú otro gas distinto, impurifica este aire, notaremos los efectos deprimentes de semejantes cuerpos deletéreos, sintiéndonos acometidos por dolor de cabeza, náuseas, etc. Resulta, pues, evidente, la necesidad de movernos dentro una atmósfera relativamente pura, siendo por demás natural que huyan las gentes de un medio confinado.

Pero encontramos individuos, que no pueden permanecer una hora dentro una habitación cerrada, por espaciosa que sea y aun cuando la ocupen escasa reunión de personas; ni durante la noche conciliarían el sueño, si no dejasen previamente abierta su ventana. Conocen los efectos nocivos de la atmósfera viciada, y al considerarse respirando un aire cuya renovación no adivinan, acude á su mente la idea de aquellas consiguientes molestias, sufriendo un malestar indefinido, la cefalalgia...

La sensación, primera fuente de toda idea, fué la que engendró, antes que nadie, nuestros pensamientos; pero á su vez, iniciados ya los más diferentes raciocinios, las ideas se suceden, llegando á adquirir tal predominio que ellas se convertirán ahora en la

única causa de la propia sensación. El movimiento material del cerebro, que ha seguido, paso á paso, los múltiples fenómenos mentales, nos ha conducido á un estado especial de semejante órgano, al cual corresponde la precisa sensación percibida; habiéndose ésta originado en virtud de una idea cualquiera, viene el trabajo cerebral concomitante y la fija. Es la sensación realizada en solo el cerebro, afectado por manera tan real como si fuesen los sentidos externos quienes sobre él obraran. Ya habíamos previsto que no tardaríamos en hacer aplicación de tan interesante principio, y quisiéramos grabarlo de manera indeleble en la mente del lector, para que, no olvidándolo en lo más mínimo, pueda comprender cómo, gracias á la sugestión, resultará posiblemente equivocado nuestro juicio, mas la sensación que le siga será siempre real.

Coincidiendo con un brusco descenso termométrico, experimenta el neurasténico ó la histérica, trastornos los más variados. Á poco que se repita la cosa, pronto se establece en su inteligencia, quizá sin darse ellos mismos exacta cuenta de cómo llegan á tal conclusión, una equivocada relación de causalidad, fruto de una apreciación, de un raciocinio prematuro; y ya les tenemos constantemente recluídos en su casa, arropados en demasía, aun durante los días más calurosos del verano, pues la simple corriente de aire producida por otro al andar, les ocasiona un escalofrío. Así pasan una vida que, sobre ser verdadera

tiranía para cuantos les rodean, resulta para el pobre paciente un constante suplicio.

No cometáis la ligereza de considerar los tales sufrimientos como manías y complacencias, dado que podrán estas personas, en cierto modo, no tener frío, pero es indudable que ellas lo sienten de manera bien positiva. Si para alguien ha de haber culpa, cargue con ella el médico que, ignorante de las más precisas nociones de psicología fisiológica, mantiene con sus prescripciones y consejos la nociva autosugestión, empeñándose en hacer cierta la dura frase del autor aquí más frecuentemente comentado, que transcribimos sin traducir siquiera: *Il n'y a entre la médecine et l'art vétérinaire qu'une différence de clientèle.* Nada tan perjudicial para quienes se entregan á nuestros cuidados, como olvidar que el hombre es un compuesto de alma y cuerpo, y que la dolencia la experimenta el ser constituído por el conjunto de estas dos partes.

Llegados á este punto, detengámonos en hacer especial mención de la sensación autosugerida de fatiga.

Al tratar, pongo por caso, de levantar un peso, entran en juego las diversas piezas integrantes del correspondiente aparato neuro-muscular: el músculo que se contrae, la placa nerviosa terminal y el nervio mismo transmitiendo la excitación adecuada, y por último el cerebro, coadyuvando á la función anímica, al acto de voluntad iniciador del fenómeno. ¿Quién es el principalmente fatigado, cuando, reproducida repe-

tidas veces la operación de referencia, sobreviene la imposibilidad de continuarla por más tiempo? ¿Es el músculo quien no obedece ya á la excitación, ó el nervio quien no traspasa el oportuno aviso, ó bien deja la voluntad de dictar la necesaria orden?

Trabajando por igual cuantos elementos forman parte del mencionado aparato neuro-muscular, la fatiga debiera interesar á la vez á todos ellos; pero el predominio del cansancio, del agotamiento que podríamos llamar psíquico-cerebral es evidente en gran número de casos. No nos referimos á la mayor delicadeza de la célula nerviosa del cerebro, que la hace especialmente sensible á la autointoxicación resultante de un trabajo algo exagerado, el cual determina la acumulación de los productos derivados de combustión tan activa; hablamos de la fatiga primordialmente psíquica, de la idea de impotencia nacida en nosotros, antes que la impotencia material sea un hecho.

Es la fatiga del soldado que, rendido después de larga y penosísima marcha, se tiende en el borde del camino, creyéndose imposibilitado de seguir adelante; mas escuchad la voz entusiasta del oficial, despertando diestramente en aquel ánimo abatido, el sentimiento del deber, el amor á la patria que bajo los pliegues de su bandera le cobija, y la columna prosigue su camino, sin que ni uno solo quede rezagado. Si la extenuación hubiese sido bien efectiva, no quedaba más remedio que el descanso y una alimentación reparadora.

Lo mismo que hemos observado en la fatiga muscular, pasa en los demás órdenes de nuestra actividad.

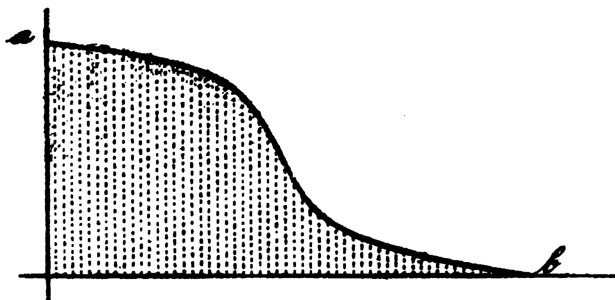
Muéstrase Dubois observador profundo, cuando pinta de mano maestra el caso, por todos comprobado, de despertarnos un día rendidos, sin fuerza ni firmeza alguna. Quizá desconozcamos la causa de ello, quizá sea efecto de una mala noche, de un cansancio anterior; mas no queriendo ceder ante semejante sentimiento de impotencia, nos entregamos resueltamente al trabajo, con la esperanza de que venceremos, de que llegaremos á sacudir aquella postración. Unas veces logramos ponernos en marcha, otras veces, siendo inútil todo esfuerzo, nos convencemos con pesar de nuestra incapacidad; pero he ahí que recibimos una buena noticia, un amigo nos anima, viene á nuestras manos una carta lisonjera, halagüeña, que nos devuelve la confianza en nosotros mismos, y entonces encontramos de súbito el camino y la plena posesión de nuestras facultades.

Sólo nos resta ahora seguir esta autosugestión en los diferentes individuos, y, á no tardar, su exageración nos conducirá de lleno dentro lo patológico.

El Dr. Dubois, empleando el *ergógrafo* inventado por él, obtiene en gran número de neurasténicos, la gráfica correspondiente al gradual agotamiento de los músculos del brazo, que han levantado rítmicamente un peso conocido cada dos segundos.

La curva *a b*, que representa la verdadera fatiga física, lo es de ordenadas decrecientes, siendo deter-

minada la más alta por la primera contracción, y verificándose en las siguientes un descenso muy lento al principio. La diferencia entre dos ordenadas sucesivas



acentúase luego cada vez más, y pronto cabe temer una rápida extinción de la contractilidad muscular; pero, á medida que las ordenadas bajan, disminuye el esfuerzo desarrollado, lo cual implica un reposo relativo, que permitirá otra vez tenga lugar muy paulatinamente el progresivo descenso de las últimas, prolongándose todavía bastante la curva en cuestión.

Pues bien, el neurasténico, distraído, nos trazará algunas ordenadas de suficiente elevación, y de pronto, cuando la contracción anterior había denotado aún regular potencia, no le es ya posible volver á levantar una vez más el peso. La idea, la convicción de impotencia, interviene con su varita mágica. Un médico, víctima de semejante enfermedad, declara hallarse en estado de amiostenia completa y, sin embargo, interesado por la experiencia, traza una curva superior á la que, por término medio, corresponde al hombre normal.

Á pesar de lo dicho hasta aquí, seríamos injustos si dejáramos de hacer notar, que la excesiva fatiga ejerce sobre la mentalidad del hombre más sano y robusto una influencia perniciosa, originando por sí sola síntomas análogos á los de las psiconeurosis. Consúltense á este objeto los trabajos de Tissié ó de Féré, y será fácil comprender por qué en el soldado de que anteriormente hablábamos, á pesar de la perfecta salud que le asiste, hubo de nacer la idea de impotencia antes que su postración fuera bien real.

Á quien se encuentre afecto de una impresionabilidad tan grande como es la de nuestros enfermos, le bastará el más pequeño trabajo, que su ansiedad hace doblemente intenso, para provocar tal desequilibrio, existiendo siempre, por tanto, una parte de fatiga en cierto modo real, aumentada indudablemente por la autosugestión de fatiga. Encuéntrase el paciente encerrado en un círculo de hierro, pues la fatiga real empeora el estado de especial susceptibilidad, digámoslo así, que origina la autosugestión, mientras ésta contribuye á acrecentar aquella parte de fatiga real.

Si hacemos referencia al ejercicio físico, mientras no sea llevado al extremo, la fatiga que de él resulte, rara vez llegará á producir en un sujeto sano los trastornos mentales antes relatados, siendo más higiénica que no la ocasionada por el trabajo de la inteligencia. Pero aun éste es absolutamente necesario para nuestro desenvolvimiento intelectual y moral, y si el elemento *emoción* no se le junta, tampoco es probable traiga

consigo ningún perjuicio; en cambio, la fatiga pasional es siempre de desastrosos resultados. Y la emotividad se encuentra asimismo exacerbada en quienes sufren alguna psiconeurosis!

¿Quién no ha visto llorar desconsolada á una señora histérica, por cualquier fútil motivo, aunque no sea más que por haber pisado un criado, en un momento de distracción, la patita de su faldero favorito? ¡Cuántas de estas personas, echándolo todo á mala parte, descubren por doquier un peligro, vislumbran una fatal desgracia envuelta en los más triviales sucesos de la vida! Su constante ansiedad no reconoce límites.

La emoción viene á constituir uno de tantos aspectos de nuestra sensibilidad; trátase, aquí, de una sensibilidad toda moral, todo es ahora del dominio psíquico.

Hemos procurado exponer á grandes rasgos la manera como Dubois explica y enlaza los ligeros trastornos mentales, considerados por él como únicos síntomas característicos de las psiconeurosis todas: *sugestionabilidad, fatigabilidad, sensibilidad* y *emotividad* exageradas.

La alteración de la sensibilidad involucra en sí la fatiga anormal y la emoción excesiva, habiendo sido la autosugestión quien apartó á la primera del camino que le fuera trazado.

CAPÍTULO VIII

CADA UNA DE LAS PSICONEUROSIS EN PARTICULAR

Más adelante manifestaremos claramente el concepto que nos merecen las diferentes y artificiales agrupaciones conocidas bajo los nombres de neurastenia, histerismo, histero-neurastenia, etc., indicando asimismo la utilidad indiscutible que de ellas podremos reportar, si las apreciamos en su justo valor. Lejos de ser enemigos de las mismas, quisiéramos, y así lo hemos de lograr sin duda, ver aumentado su número, llegando por tal modo á un más amplio y fácil análisis de los múltiples síntomas patológicos que nuestra observación cuidadosa recoge dentro el campo de las psiconeurosis en general. Digamos, pues, algo en concreto sobre cada uno de estos síndromes.

La neurastenia encuéntrase colocada en los confines del estado de higidez, de verdadera salud mental, llevándonos por manera insensible á lo anormal y patológico; se la considera como la más benigna de las psiconeurosis.

Fácilmente comprobaremos está aumentada en el

neurasténico la natural sugestionabilidad, sensibilidad y emotividad, patrimonio de la especie humana; pero, el carácter que aquí domina el cuadro es el de ser, ante todo, fatigable en exceso. Esta fatiga se presenta por igual en todos los órdenes de nuestra actividad: ella es á la vez física, intelectual y moral. Recordemos se ha considerado esta dolencia como un estado de flaqueza, de debilidad irritable, del sistema nervioso.

Hay individuo que, llegado en coche hasta la puerta de vuestra casa, se os presentará extenuado por completo, efecto tan sólo de haber subido la escalera, á buen seguro no muy alta, que á vuestro despacho conduzca, desplomándose, más bien que sentándose, sobre la silla. El esfuerzo realizado es escaso y, por otra parte, su musculatura acusa suficiente desarrollo, siendo el pulso de intensidad normal, igual y regular, sin que, al proceder á detenido examen, nada llame particularmente la atención en el aparato respiratorio ni en sitio alguno; sin embargo, es con visible dificultad que se incorpora para contestar á vuestras preguntas y hacer posible el reconocimiento.

Salta á la vista la desproporción existente entre el abatimiento de su espíritu y el escaso agotamiento físico, proporcionado éste á la causa material del pretendido cansancio, lo cual nos induce á admitir, desde luego, una autosugestión como responsable de aquella fatiga.

Habremos de acostumbrarnos á descubrir de una rápida ojeada semejantes desproporciones y las con-

tradicciones, no menos evidentes, que en ocasiones las acompañan, pues su comprobación ha de permitirnos, apreciando el síntoma en su justo valor, diagnosticar desde el primer momento el trastorno psíquico.

Yo he visto una de estas personas, á la cual era imposible terminar á pie el más corto paseo, ni subir una escalera por baja y cómoda que fuese, sin sentirse presa de singular ansiedad, disnea y palpitaciones, resbalando á poco por su frente, gruesas gotas de un sudor frío; yo la he contemplado atendiendo día y noche á un hijo gravemente enfermo, sin dar muestra del menor decaimiento, ni entonces, ni tampoco más tarde, cuando la muerte del sujeto que merecía tales cuidados, parecía había de ser la gota de agua que hiciera desbordar el vaso. Nadie en la casa soportó tan sin mengua para su salud, la fatal desgracia, como la madre, por cierto bien cariñosa. ¿Por qué aquella mujer, incapaz, antes, de llevar adelante el más pequeño esfuerzo, da ahora cima á tan ímprobo trabajo, empeorado por la fatiga moral resultante de lógica ansiedad primero y luego de la emoción y desconsuelo final? Sintiendo más la dolencia del hijo que la suya propia, olvida sus sufrimientos, su salud llega á serle indiferente, desapareciendo entonces todo el fárrago de autosugestiones.

No podemos resistir á la tentación de mencionar, entresacándolo de la obra de Dubois, el siguiente interesante caso.

Trátase de una enferma, en la cual la impotencia

motriz se establece sólo en el grupo muscular á donde ella dirige el influjo de su voluntad, y desaparece tan pronto como el movimiento se ejecuta inconscientemente. Cuando el profesor le suplica de sentarse sobre la cama, limítase á levantar algunos centímetros su cabeza para exclamar: Yo no puedo. Ayudándola entonces, logra verificarlo, y terminado el oportuno examen vuelve á tenderse, inclinándose lentamente hacia atrás, de una manera gradual, empleando, por tanto, un esfuerzo muscular mayor, ó equivalente al menos, al que antes se le había en vano exigido. Quiérese luego inducirla á doblar el antebrazo sobre el brazo, y sólo logra flexionar la mano sobre el antebrazo; pero cuando después se le ordena que levante el brazo, la impotencia sugerida pasa á los músculos del hombro y, sin darse cuenta de ello, la enferma facilita este movimiento con la flexión, antes imposible, de semejante extremidad torácica.

Poco trabajo nos costará el descubrir en el neurasténico una simple exageración de defectos é imperfecciones, que, en menor grado, á todos nos afectan por igual; con frecuencia nuestra especial manera de reaccionar ante las circunstancias, nos convierte, ocasionalmente al menos, en pequeños neurasténicos. Pero en el histérico, si bien nos encontraremos con las mismas particularidades mentales observadas en las restantes psiconeurosis, veremos á la autosugestión dominar la situación en tal forma que, imposibilitados de seguir el progresivo desarrollo de la idea, la

génesis de la extraña sugestión, estamos prontos á admitir que aquí hay ya fenómenos nuevos, difíciles de comprobar en un hombre normal.

En el histerismo tendremos, á veces, que reservar el pronóstico, pues dentro esta singular afección se comprende un estado de verdadero delirio.

Guardo en mi memoria el recuerdo de una joven, que al regresar un día á su domicilio, vió revuelto y saqueado su modesto ajuar, efecto de haber penetrado ladrones en la habitación, durante su ausencia. La predisposición hereditaria encontró apropiada causa ocasional capaz de determinar súbitamente la aparición de los diversos síntomas del histerismo, no siéndole posible, desde aquel momento, tragar alimento alguno. No sabemos cómo la idea de un robo habría podido explicar, ya que no justificar, la pretendida y súbita imposibilidad de deglutir, evidentemente autosugerida, que motivó tuviera que recurrirse á la sonda esofágica para sostener sus fuerzas. No sólo no atendía ni contestaba á los varios facultativos que la asistieron, sino que ni aun quiso jamás mirarles; la persistencia en su improcedente manía durante meses y meses, la convirtió en una especie de cadáver que se sostenía en pie, pues ya entonces era poco lo que andaba, y su vista apagada sólo adquiría algún movimiento para desviar la mirada de nosotros, cuando, con una luz en la mano, tratábamos de solicitarla. Semejante estado demandaba la inmediata separación del medio familiar y el traslado á una Clínica especial.

No ha de extrañarnos que los antiguos creyeran ver algo de demoníaco en la descarriada fantasmagoría de estos enfermos. Á ello se prestaba la falta de conocimientos científicos y la superstición á que, en consecuencia, propendían, superstición que debemos distinguir cuidadosamente de la religión verdadera.

El admitirse un estado especial calificado de histero-neurastenia, es prueba elocuente de como en la práctica se nos ofrecerán compenetrados los síntomas atribuídos á enfermedades, que únicamente á nosotros deben su personalidad propia, dotada por tanto de escasa estabilidad.

Si seguimos á Dubois en sus admirables raciocinios y observaciones, él nos enseñará á descubrir un estado de verdadera melancolía, en más de un sujeto, que no se dirige al alienista sino á otro médico cualquiera, á lo más á un neurópata, cuando quizá algún compañero se lo envíe diagnosticado de simple neurasténico; con un estudio detenido á la par que concienzudo, nos llevará, en tal caso, á descubrir claramente, ó á vislumbrar cuando menos, la tenacidad característica de la idea de ruina, de aniquilamiento, que por manera avasalladora domina al pobre melancólico, comienzo de la persistente idea fija que nos hace exclamar: ¡he ahí un vesánico!

En cambio, se nos muestra otras veces esperanzado por demás y, con sublime terquedad, labora hasta obtener éxitos inesperados. Sirva de ejemplo el siguiente interesantísimo relato:

Un compañero de profesión, joven todavía, habiendo perdido, por efecto de una embolia, un enfermo operado por él con singular éxito, después de doce días de realizada la intervención y cuando el paciente se disponía á abandonar el hospital, sin que, por ningún concepto, pudiera atribuirse al operador el más pequeño descuido; muéstrase profundamente convencido de que un tal percance ha puesto fin á su carrera, enajenándole la confianza de sus comprofesores. Precisado á dar su consejo respecto á un caso desesperado, en el cual sobrevino la muerte durante la operación, se atormenta lo indecible por este accidente, de que no es responsable en lo mas mínimo, cuando ello no preocupa poco ni mucho á los mismos facultativos que la realizaron. Cuestiona á sus compañeros sobre la manera de encontrar un lugar apartado en el campo, donde acabará sus días. Si hace referencia á su situación financiera, es esta tan precaria, que se reprocha el haber contraído matrimonio, pues ve á su mujer y á sus hijos reducidos á la miseria, considerándose de tal modo indigno, que ha pensado en suicidarse; su posición es, sin embargo, más que buena. Una consulta, en que interviene un alienista, decide aconsejar la entrada en un asilo particular, pues se impone y es aceptado por unanimidad, el diagnóstico de melancolía franca.

Mas atendamos á la postrer decisión de nuestro autor predilecto, quien, volviendo sobre su propio acuerdo, se pregunta: ¿Es bien prudente lo que esta-

mos haciendo? ¿Esta permanencia en un asilo no dará nuevo pábulo á la convicción de ruina que sobradamente avasalla su espíritu? ¿Si llega á curar, no creerá acaso, que la tal reclusión haya podido influir en la consideración y estima del público? Detiénele en sus proyectos y le propone una simple cura de reposo en la cama, decidiéndose á emplear la psicoterapia por todo tratamiento.

Empieza haciéndole ver hasta qué punto tiene la seguridad de que se equivoca en sus pesimismos, tratando de demostrarle que sufre una verdadera enfermedad. Sólo se le agradece, al principio, la buena intención descubierta en semejantes palabras; pero á las tres semanas, desembarazado nuestro hombre de toda idea delirante, le da la razón en absoluto, pareciéndole imposible que haya podido ser víctima de tan ridículas preocupaciones.

Difícil situación para el médico, para el psicólogo, que siempre ha de serlo quien quiera ejercer á conciencia la medicina, al tratar de escudriñar en lo íntimo de parecidas mentalidades; y sin embargo, es problema tan urgente como escabroso, el de precisar, en cada caso, las indicaciones que sea necesario cumplir.

Evidentemente, se necesita aquí aquel tacto, aquella intuición, que la instrucción más completa, por sí sola, no puede darnos. Pero ni aun bastan estas cualidades, sino que es indispensable el valor, la abnegación suficiente para, á semejanza de lo hecho por el

moderno definidor de las psiconeurosis, obrar, á veces, en consonancia con este principio: «haz en conciencia lo que creas debes hacer, y suceda lo que suceda»; que la medicina es verdadero sacerdocio, y quien no se sienta con fuerzas para tanto, tuerza el camino, pues está falto de segura vocación.

Situaciones análogas nos creará el hipocondríaco, este melancólico cuya preocupación recae sobre la propia salud; la pretendida alteración del funcionalismo orgánico es su constante pesadilla.

CAPÍTULO IX

UN COMENTARIO

Séanos permitido esperar que el complaciente lector querrá todavía seguirnos en el detenido análisis que, por cuenta propia, vamos á hacer de los mismos hechos sobre los cuales el doctor Dubois apoya sus interesantes conclusiones.

Fijémonos en la manera como el propio profesor de Berna explica el éxito obtenido por Krause, al realizar sus antes mencionados experimentos, y después de relatar lo sucedido al cuarto de los individuos que se prestaron á la experiencia, le oiremos expresarse como sigue: ...*abismado en un estado de ansiedad expectante ha admitido la sugestión, y á la representación,* á la idea *de impotencia ha sucedido la impotencia real*.

¿Quién no ve que esta ansiedad expectante es un movimiento emotivo, derivado del sentimiento de *temor* que el sujeto en cuestión experimenta, al pensar en el ridículo donde él caerá, de dejarse prender en las redes que el «suggestor», al parecer con la firme

convicción de ganar la partida, anunció claramente íba á tenderle? Quizá su temor se refiera también, en gran parte, al supuesto mismo de no serle ya posible volver á la actitud normal.

El caso de aquel soldado, víctima, gracias á la afirmación categórica del médico, de una parálisis psíquica del brazo derecho, es bien fácil de comprender. Trátase de un pobre joven ignorante, que ante la respetable figura del hombre de ciencia no puede pensar en un engaño; en parecidas circunstancias la duda es lógica y ella da lugar inmediatamente al espanto, al *temor*, que la idea de tal enfermedad le inspira, este sentimiento le domina y, perturbándole, le impide recordar que, por ejemplo, momentos antes, viniendo hacia el benéfico establecimiento y al cruzarse con un oficial, había levantado su mano derecha para hacer el saludo militar. De haber faltado esta nociva afectividad, no habría llegado á una decidida convicción, y la parálisis no se lograra.

Fijémonos en aquellas personas que difícilmente pueden permanecer en una habitación cerrada, aun siendo espaciosa y poco concurrida, sin notar, muy pronto, los efectos deprimentes de una atmósfera viciada en realidad; de ellos hemos dicho que conocen las propiedades molestas y nocivas inherentes á los varios gases deletéreos que pueden impurificar el aire, y al considerarse respirando dentro una atmósfera cerrada, acude á su mente la idea de tales molestias, que sufren á continuación. Pero si la idea de atmósfera

confinada, si la idea de una posible intoxicación por semejantes gases y el recuerdo de sus primeros síntomas: dolor de cabeza, náuseas..., se ha presentado, es por lo mucho que á estos sujetos, ya vulgarmente llamados aprensivos, les *atemorizan* parecidos fenómenos, desde el día en que oyeron ponderarlos; de haber permanecido indiferentes á cuestión semejante, es bien seguro que su recuerdo habría faltado por completo.

La temperatura del medio ambiente tiene una influencia indudable y marcada sobre todos nosotros; pero antes hemos hablado de algunos individuos, cuya sensibilidad á los cambios termométricos es excesiva; su sensibilidad al frío es especialmente bien notoria. Tratando de este defecto hicimos, desde luego, notar con cuánta facilidad se aceptan, en tal caso, conclusiones prematuras, admitiendo relaciones de causalidad, sólo aparentes. Mas esta misma rapidez con que atropelladamente llegan entonces á formar juicio ¿no es, acaso, fruto de la perturbación, de la ansiedad, acarreada por el *temor* que á los aludidos inspiran las dolencias y los sufrimientos que ellos creen alejar con sus medidas ultraprudentes?

Si nos referimos á la sensación autosugerida de fatiga, bástenos ver cómo aquellos soldados que, tendidos sobre el camino, parecían completamente extenuados, se levantan y siguen adelante con sólo escuchar la peroración calurosa de su oficial, quien les arrastrará á actos de valor heroico, cuando se creían

ya incapaces de dar un paso. Sin embargo, ni el nombre de la patria ni el recuerdo de su bandera eran argumentos adecuados para destruir la convicción de su impotencia material; aquí lo único que hay es un sentimiento de entusiasmo, que se alza pujante al oir hablar de la enseña nacional; tan elocuente arenga ha despertado su pundonor, desbordándose en el ánimo de aquellos militares el amor que por su patria sienten. Sólo tenemos, pues, lo que es suficiente para contrarrestar la depresión que hasta entonces dominara su espíritu, ó sea un conjunto de sentimientos positivos: entusiasmo, cariño... ¿Por qué, sino, la fatiga tarda siempre más en rendir á las huestes que, entusiasmadas, vislumbran ya la victoria, y se apodera rápidamente de quienes, más cobardes ó más desgraciados, se *atemorizan* entreviendo una probable derrota?

El lector mismo lo habrá más de una vez comprobado: un día, posiblemente sin causa que lo justifique, se habrá sentido inepto para el trabajo, el libro cae, á veces, de nuestras manos, la pluma no corre entre nuestros dedos; mas cuando, desesperando de las propias fuerzas, nos disponíamos á tirar la pluma y á alejar el libro, recibimos una noticia que, sin tener relación alguna con el estudio ni con nuestra capacidad para el mismo, es, sin embargo, halagüeña, ó nos sorprende la visita de una persona querida, y á los pocos momentos, nuestro ánimo, levantado por el halago ó por el afecto, ha recobrado toda su habitual aptitud.

El entusiasmo que el experimento con el *ergógrafo* de Dubois despierta en el ánimo del médico presunto enfermo de amiostenia, ha bastado para contrarrestar el sentimiento de desconfianza experimentado por él, cuantas veces las circunstancias habían puesto á prueba su fuerza muscular. Con todo, ninguna ocasión tan propicia como aquélla para traer á su mente la idea de la pretendida amiostenia, pues tratábase nada menos que de su comprobación científica.

Innecesario nos parece añadir más, pues creemos ya poder afirmar, que la sugestión es habitualmente consecuencia de un movimiento emotivo más ó menos acentuado. Aun la misma sensible precipitación con que muchas veces formamos juicio sobre cualquier asunto, es hija, por lo regular, de un sentimiento que, dominante á la sazón, nos conducirá siempre hacia las conclusiones para él más favorables.

Con lo dicho, no nos referimos á la prioridad de la sugestión como á idea que es, sino que queremos significar, nos parece ser en la afectividad donde realmente se inicia, se marca, el estigma de lo patológico. La idea que origina el movimiento emotivo, vino lógicamente en virtud de un recuerdo, de una explicación tendenciosa, de una simple palabra, ó bien fué una sensación, quizá equivocada, pero sensación al fin, la que por modo directo la engendró, siendo el sentimiento quien, al perturbar con prontitud la inteligencia, impide proseguir una reflexión serena. La emotividad sería, pues, dentro lo patológico, el primero

de los cuatro síntomas admitidos por Dubois como únicos patognomónicos de las afecciones cuyo estudio nos ocupa ([1]).

Creemos todavía indispensable precisar más, fijándonos en la clase de sentimientos cuya exageración ocasiona al psico-neurótico tantos sufrimientos y sinsabores. Indudablemente se trata aquí de sentimientos depresivos, de desconfianza, de temor, conforme indica el mismo Dubois, quien habla en cierto pasaje de su obra de lo pusilánime que es el psico-neurótico, y haciendo luego extensivo este defecto á la humanidad entera, añade: *Si bien á veces resultamos presuntuosos, con mucha más frecuencia pecamos por falta de confianza en nuestras propias fuerzas.* No en vano hemos venido subrayando á cada paso, en los precedentes párrafos, la palabra *temor.*

Aun refiriéndonos á sentimientos positivos que,

([1]) Escrito ya el presente trabajo, que causas ajenas á la humana voluntad nos han impedido publicar antes, vino á nuestras manos la reciente obra del doctor Dejerine, titulada: *Les manifestations fonctionnelles des Psychonévroses. Leur traitement par la psychothérapie,* donde campea un criterio parecido al que aquí sustentamos, hasta el punto de permitirnos copiar líneas como las siguientes:

«Pour nous la neurasthénie n'a que des facteurs psychologiques et ces facteurs psychologiques c'est essentiellement, sinon exclusivement, l'émotion qui les détermine...»

. . . .

«Selon le terrain sur lequel l'émotion exercera son action, tantôt c'est la neurasthénie qui se développera, tantôt ce sera l'hystérie avec ses accidents qui se manifestera.»

desplegándose con indebido empuje, nos arrastran muchas veces á caídas bien lamentables; aun en este caso, podremos comprobar como la falta de confianza nos priva de levantarnos, de enderezar nuestro ánimo y torcer el peligroso camino pasional, en el cual permaneceremos gracias á la cooperación prestada por el sentimiento de temor, que, en mala hora, nos lleva á desesperar de todos y de todo.

No olvidemos que, cuando la emoción es deprimente, negativa, de repulsión, nos retrae de obrar ó, si nos movemos, es sólo para huir; y nada tan espantoso como la falta de todo progreso, como la falta de la actividad que es condición de vida. Con todo, peor será si retrocedemos, ó si nos acercamos á la cosa para destruirla, único avance que de esta clase de sentimientos podemos esperar, en especial cuando se trata del odio, pues entonces nuestro esfuerzo se dirige exclusivamente á alzar un monumento de ruinas, que venga á ser la apoteosis triunfal de la negación, siempre fatídica. Por fortuna, los que odian son los menos; pero cuentan con un auxiliar muy poderoso, aun cuando á veces inconsciente: el miedo de los más.

Ahora bien; colmad un poco la medida respecto de la ansiedad, de la desconfianza, del temor que á todos indebidamente nos retrae ó nos aprisiona, y tendréis al psico-neurótico, víctima tan sólo de la exageración de un defecto, que lo es general.

Ora es un hombre de negocios el que se presenta á nuestra consulta, quien acusa como principales sínto-

mas: Pesadez de cabeza, sensación de fatiga cerebral consecutiva al menor esfuerzo de la inteligencia, dolores en la nuca, raquialgias, insomnio, y un conjunto de fenómenos propios del dispéptico, que vienen acompañados de repetidos brotes congestivos en el hígado; pero todo esto—y aquí el enfermo sigue hablando sorbiéndose las lágrimas—desde el día en que, habiendo despedido á un empleado, empezó á *temer* una improbable venganza. ¿Es que semejante etiología no nos dice nada?

Otro día nos encontramos frente á un profesional, á un hombre público, dotado de inteligencia tan cultivada como envidiable, quien, remontándose á las primeras manifestaciones de su mal, nos habla de que en cierta ocasión regresaba, ya de noche, á nuestra ciudad, acompañado de varios amigos, con los cuales había realizado durante un caluroso día de verano, una fatigosa *tournée* de activa propaganda política; pues bien, al salir de la estación, experimentó un trastorno indefinible, algo así como un vértigo, y, aterrorizado, acercóse disimuladamente á un guardia que por allí vigilaba, buscando tener seguro, caso de caerse, un pronto socorro. Á pesar de tal espanto, no vino al suelo nuestro ilustre enfermo, mas con el relato anterior queda trazada á maravilla su semblanza interna.

Advertido sobre la naturaleza puramente moral de sus dolencias, después de argüirnos con brillantez, acaba confirmando nuestra manera de ver en el asunto, pues

atribuye su estado á la ansiedad que hubo de ocasionarle el hecho de haberse visto, algún tiempo atrás, agredido, asediado persistentemente, por un individuo que sólo favores le debía.

¿Y qué comentario poner al caso de aquel comerciante que, desde la primera visita, sintetiza sus sufrimientos en la siguiente forma: —Tengo miedo; pero un miedo la mayor parte de las veces indeterminado, por cuanto me fuera imposible, en muchas ocasiones, precisar con fijeza qué es lo que temo.—Ha abandonado un importante negocio, temeroso de que las emociones por el mismo acarreadas, llegasen á producirle un ataque — usamos sus mismas palabras — que podría poner en peligro su vida. Si despierta durante su sueño, fíjase, á veces, en el balcón, acudiendo á su mente la angustiosa idea de serle posible arrojarse por allí á la calle, y hace levantar entonces á otros individuos de la familia, á quienes obliga á pasar el resto de la noche acostados sobre un colchón, tendido en el suelo é interpuesto entre su cama y la temida abertura. Si viaja, se hace acompañar por dos de sus dependientes, ¡no fuese caso que se le ocurriera tirarse á la vía!

Nótese que acabamos de referirnos á enfermos venidos á nosotros con el diagnóstico de neurastenia ya hecho por otros compañeros.

Nadie debe abrigar la menor duda respecto á la posibilidad de que un estado pasional de ánimo sea el único causante de los trastornos funcionales más variados, de un inmenso cúmulo de síntomas físicos; mas

lo sencillo y fácil de una parecida demostración nos conduce, casi inconscientemente, á esbozarla.

Quien haya hojeado la obra dedicada por nuestro inmortal Robert al estudio de las enfermedades del aparato digestivo, se habrá fijado, á buen seguro, en las siguientes líneas: «...con frecuencia hemos de entender en catarros (gástricos) hijos tan sólo del estado psicológico en que ha podido encontrarse un individuo, antes, durante ó después de las comidas; así, una impresión moral cualquiera, la tristeza, un arrebato de ira, una mala nueva, ver en el plato una cosa repugnante, oir una conversación fastidiosa, etc.. también son causa en algunos de un catarro gástrico, y es frecuente, verlo y violento, en niños que han tomado el pecho de una mujer que acaba de sufrir un fuerte embate del espíritu.» Ello nos prueba hasta dónde alcanza la influencia ejercida por nuestra afectividad sobre el funcionalismo del estómago, y la última de sus afirmaciones nos descubre una alteración de origen moral que modifica el regular trabajo de las glándulas mamarias.

Es sobradamente conocido el hecho de que el miedo, la zozobra provoque, en gran número de casos, un flujo intestinal de más ó menos consideración. Desde la diarrea del colegial en víspera de examenes, hasta la que se presenta en el soldado que espera el momento de entrar en combate, podríamos intercalar infinidad de ejemplos.

Un fuerte arrebato de cólera puede, determinando

quizá un espasmo que venga á contracturar los conductos de la hiel, ocluyéndolos y dificultando el desagüe; dar lugar, de improviso, á una intensa ictericia.

Una alegría excesiva, al igual que un pesar profundo ¿no vienen á acelerar, unas veces, los latidos cardíacos, produciendo el síncope en otras ocasiones?

Efecto del disgusto que nos ocasiona la pérdida de un ser querido, excítase la actividad propia de las glándulas lagrimales; lo abundante de la secreción impide que las lágrimas, vertidas en la superficie de la conjuntiva para lubrificar el globo ocular, sean luego recogidas convenientemente por los conductos que llevan su nombre, y el llanto viene á bañar bien pronto nuestro rostro. Causas análogas determinan una hipersecreción de las glándulas sudoríparas, y así vemos cómo la ansiedad, la congoja, cubre nuestro cuerpo de un sudor profuso.

Si la inquietud nos domina, la micción acostumbra ser frecuente y la orina abundante y clara.

El terror paraliza nuestra lengua, y nos priva de emitir los sonidos articulados que llamamos palabras; el terror nos pone temblorosos; gracias á él paralízanse, á veces, nuestros miembros, llegan á flaquearnos las piernas y venimos al suelo.

El rubor que tiñe de carmín las mejillas de una doncella, al escuchar cierta conversación licenciosa ¿qué es sino la emoción disponiendo á su antojo de la inervación vaso-motriz?

Si conocéis la etiología de enfermedades distróficas

como la diabetes, ya sabréis la influencia ejercida por el estado moral del individuo sobre los fenómenos íntimos de la nutrición.

¿Acaso, si sois médicos, no habéis nunca observado un embarazo *fantasma,* en el que *la sola vehemencia del deseo* determina el aumento de volumen del vientre y la cesación de las reglas, aparte los diversos síntomas subjetivos; ni asistido á los dolores de parto, dilatación del cuello y verdaderas contracciones uterinas que á los nueve meses le ponen fin?

No podrá, pues, extrañarnos, que al emprender Dubois un estudio detallado de los diversos síntomas observados en las psiconeurosis, haya de detenerse hablando de trastornos digestivos los más variados; de taquicardia emotiva; de disnea nerviosa; de retención de orina, de poliuria y polaquiuria; insomnios; crisis nerviosas, espasmos, tichs, estados de impotencia motriz, etc. Cada uno de estos síntomas le brinda ocasión oportuna para escribir bellísimas páginas, que, pues fuera difícil imitarlas, preferimos aquí, remitir el lector á aquella su incomparable obra.

Bueno es que, juntando los diferentes síntomas observados en enfermos análogos, constituyamos los síndromes conocidos bajo los nombres de neurastenia, histerismo, etc., pues ellos nos servirán admirablemente para el más completo y fácil estudio de aquellos trastornos funcionales; pero las tales formas de enfermedad sólo podremos estimarlas, en la práctica, cual piedras miliarias, utilizables como punto de referencia

al sentar nuestro diagnóstico, dado que no pasan de ser un número, en verdad, mezquino, de agrupaciones artificiales, que se sucederán ante nosotros de manera continua, sin el menor salto, gracias á una serie de estados intermedios, á los cuales el médico no podrá aplicar nombre especial alguno, viéndose precisado, para salir del paso, á recurrir al apelativo genérico de psiconeurosis.

Delante del caso clínico, precisa hacernos cargo de la situación con entera amplitud de criterio, y cuando, impuestos de lo que sea el mal, no podamos dar al que lo sufre una denominación precisa del mismo, poco importará ello, sí, marchando seguros, nos juzgamos autorizados para augurarle la curación. Por otra parte, es indiferente que el pobre enfermo se crea, v. g., un neurasténico tipo, mientras nosotros apreciemos la cuestión en su verdadero estado, sin mezquindad alguna de concepto.

Recordemos ya lo dicho en otra ocasión sobre el desequilibrio que tan frecuentemente existe entre la facultad de pensar y la de sentir, sin echar en olvido que el más y el menos es aquí relativo; siendo ahora fácil adivinar el concepto que á nosotros nos merece cada uno de los síndromes antes indicados: parécenos el histerismo una enfermedad donde el desequilibrio de referencia llega á ofrecerse con la máxima exageración, presentándose más atenuado en la neurastenia.

Lo expuesto no impide al neurasténico ser, á veces, emotivo, impresionable, timorato en tan alto

grado, que llega á simular un caso ligero de verdadera hipocondría ó melancolía; pero, aun entonces, poseyendo tambien envidiable capacidad intelectual, aquellas dos facultades vendrán, quizá, á guardar una proporción mas justa que no en el histérico, el cual, si por esta vez es menos afectivo, poseerá, por contra, una inteligencia mucho menor.

Se nos descubren á cada paso como neurasténicos, hombres de gran valer, figuras cuya preeminencia es justa y universalmente reconocida; en cambio, el histerismo lo hallaremos con frecuencia entre personas de escaso talento.

Tengamos, con todo, en cuenta, que un mismo individuo ha de presentar hoy síntomas de neurastenia, para mañana ofrecer á nuestra observación fenómenos histéricos. Lo apuntado es sólo una consecuencia natural de hechos asaz conocidos: supuesto que nuestra impresionabilidad no es siempre la misma, ni podemos, en cada momento, disponer de una inteligencia igualmente lúcida.

CAPÍTULO X

CASO CLÍNICO INTERESANTE

Siempre hará falta al médico, aquella intuición de que hablábamos en otro capítulo; pero si aprendemos á distinguir bien entre lo que, á pesar de su exagerado aparato, no pasa de ser un puro defecto de afectividad, y el más ligero asomo de un trastorno de ideación genuinamente tal, se desvanecerán entonces muchas dudas, y la precisión con que llegaremos al diagnóstico, será garantía de decidida firmeza en el tratamiento, sobre todo cuando un pronóstico favorable nos brinda segura la victoria, siquiera sea tras empeñada lucha. Véase, sino, el caso destinado á llenar este capítulo, uno de los primeros que nos cupo la satisfacción de tratar.

Es el enfermo, un individuo en la plenitud de la vida, quien, después de ocuparse de su estómago, refiriéndose ligeramente á la dispepsia que le aqueja y á algunos trastornos intestinales, pasa bien pronto á contarnos lo que, originando su mayor sufrimiento, le lleva á arrastrar una vida insoportable. Oigamos el relato y procuremos analizarlo.

Encuéntrase, un día, reunido con varios amigos, cuando les llega la emocionante nueva de que en el transcurso de solas veinticuatro horas, dos compañeros de profesión, sin antecedentes sospechosos conocidos de los circunstantes, han atentado contra su vida, suicidándose. Lo excepcional de la noticia, que uno de los presentes aprovecha para evocar el recuerdo de otra desgracia análoga y también inopinada, al relatar el triste fin de un hermano suyo, hace pensar á nuestro hombre en la posibilidad de ser él quien mañana llegue á cometer tal desatino, pues, gracias á su carácter, ha vivido siempre sufriendo y preocupándose á la menor contrariedad, y además hace años se considera positivamente enfermo, efecto de los trastornos funcionales antes referidos, que, con ser bien insignificantes, habían merecido repetidos cuidados por parte de diferentes facultativos.

Nada tiene de particular que semejante idea acudiera á su mente, dado el caso que se comentaba, de la misma manera que al oir hablar de cómo un hombre probo y honrado, exasperado por una disputa, llegó á convertirse en asesino, pensamos en la posibilidad de ser otro día nosotros los agresores, viniendo á ponderar, muy luego, la necesidad en que estamos de aprender á reportarnos. Considerando improbables tales arrebatos, resulta generalmente poco intensa la emoción desagradable que parecidas ideas llevan siempre aparejada, y ellas mismas huyen á no tardar; pero no sucedió así á nuestro impresionable enfermo, el

cual, aun sin interrogarle expresamente, se detiene á ponderarnos la congoja, la ansiedad que se apoderó de él, en cuanto concibió la posibilidad de cometer tamaño desatino.

La agitación que se transparenta en toda su persona, las lágrimas que vienen á nublar sus ojos, al relatar este incidente después de pasados algunos años, reflejan fielmente á través del tiempo, la intensidad de la referida emoción, hija de lo insólito de la noticia y del especial estado de su ánimo en aquel momento; pues nadie habrá dejado de comprobar cómo un motivo de ansiedad, abordado mil veces por nosotros hasta con relativa indiferencia, en cualquiera ocasión, sin saber porqué, llega á horrorizarnos casi.

No podrá extrañarnos que la *natural perturbación* acarreada por emoción semejante, le llevase á considerar como probable lo simplemente posible. Sus sufrimientos morales, los pretendidos síntomas gastroentéricos, agrándanse en su imaginación, dudando de si, al fin, acabarán por desesperarle, y espoleado por el deseo de resolver en sentido negativo tal duda, sigue raciocinando; pero, *sin que á sus discursos les haya faltado nunca la necesaria ilación,* sólo logra, en su turbación dicha, amontonar dudas nuevas, á las cuales corresponde nueva agitación y angustia, llegando á formarse una atmósfera de inquietud que, rodeándole constantemente, le pone á su vez delante, con persistencia inaudita, el motivo de su temor.

Tampoco ha de causarnos ninguna extrañeza que,

cediendo al sentimiento dominante, haya alejado de sí las armas, armas cuya posesión, dadas las circunstancias de nuestro individuo, era indispensable; ni que, huyendo de la altura, trasladase su habitación, desde un cómodo y espacioso piso tercero adecuado á las exigencias de la familia, á un primero más reducido y modesto.

Nótese, sin embargo, que jamás ha llegado á una definitiva convicción, ni siquiera el día en que un médico vino á confirmar indirectamente el pretendido peligro. Es por eso que, aun entonces, sigue dispuesto á continuar su peregrinación en busca del hombre de ciencia capaz de destruir por completo su duda, y de demostrarle con qué fundamento ha pronunciado el deseado *no;* evidenciando esta su manera de obrar, que un rayo bienhechor de esperanza alumbra su espíritu, tanto más, cuanto que, desconociendo su misma familia semejantes sufrimientos, no pudo animarle á buscar una curación, que las reticencias, la falta de aplomo demostrada por otros facultativos, se empeñaban en presentar como bien difícil. Era de ver su mirada, con la cual nos interrogaba ávidamente momentos antes, satisfecha y casi entusiasta; eran de oir sus palabras de efusiva gratitud, cuando lo decisivo de nuestro lenguaje, el acierto que al escoger los oportunos argumentos hubiésemos podido tener, lograba convencer su ánimo exigente.

Imposible parece que un especialista le manifestara se trataba de una impulsión, y esto después de

incluir á los impulsivos entre los que realmente se suicidan. ¡Pobre enfermo! ¡Él, que se había apresurado, desde el primer momento, á recoger cuantas armas guardaba y á llevarlas fuera de su casa; él, que si salía al campo con su familia, no descansaba en ningún paraje sin antes realizar un detenido reconocimiento á su alrededor, para averiguar la existencia de cualquier probable precipicio y poder así evitarlo; él, que al contemplar el codiciado obsequio hecho á su hijo por un pariente, el cual acaba de regalarle todos los útiles de fotografiar, incluso la correspondiente solución de sublimado, siente en seguida intentos, que el amor paternal no le permite esta vez llevar á la práctica, de arrojar el líquido venenoso por el vertedero del lavabo más próximo! Si aquí hubiese impulsión, sería la de huir el peligro; pero no es así tampoco, pues no hemos descrito una fuga ciega, desesperada, falta de lógica, sino una huída siempre bien razonada. Evidentemente, esta huída es la consecuencia natural y fisiológica de un sentimiento exagerado de miedo.

No cabe tampoco pensar en una idea fija, pues muy pronto logramos nos relatara una serie de hechos que revelaban con claridad meridiana todo un conjunto de preocupaciones las más diversas, las cuales, desde niño casi, le habían sucesivamente asediado, preocupaciones tanto más intensas y duraderas, cuanto mayor fué el interés, siempre excesivo, despertado por la cuestión correspondiente. Ya antes del incidente referido en primer lugar, y en circunstancias que ló-

gicamente la traían á la memoria, se le ocurrió la posibilidad de atentar contra su vida; pero, debido á la poca importancia del caso que tal motivara ó á un estado de ánimo menos propicio, satisfizo, alejando de sí alguna arma que ya entonces poseía, el miedo que tal idea le ocasionara y muy luego olvidó semejante asunto; sólo después de algún tiempo de tratamiento, en su afán de buscar dificultades por el placer de verlas resueltas y afirmar más la convicción tranquilizadora que perseguía, llegó un día á recordarlo.

Posteriormente, cuando el suceso culminante antes expuesto había determinado la mayor agudez del mal, no encontrando en los facultativos consultados el consuelo que de ellos tenía derecho á esperar, buscólo en sus delicados sentimientos de hombre creyente, é interesándose, cual nunca, por las prácticas religiosas, pronto temió ser en ellas poco cuidadoso, temor que le valió los consiguientes escrúpulos. Guardando, por razón de su cargo, documentos importantes cuya conservación interesa en gran manera, siente miedo de romperlos, de hacerlos desaparecer, de faltar, en una palabra, al deber que le manda conservarlos, cosa que entonces hace extremando los cuidados.

Al contarnos lo transcrito, añade que sus escrúpulos en materia de religión, y de la misma manera la desesperación que forzosamente le resultaría de destruir cualquiera de los documentos aludidos, podrían conducirle al suicidio, para acabar deduciendo que sus preocupaciones—algo de eso le habían imprudente-

mente contado—tienden todas al mismo fin. Mas se olvida, al hablar así, de las mil cavilaciones que habían nacido y evolucionado sin ocurrírsele nunca parecido desastre, ínterin el desmedido temor, desarrollado en circunstancias conocidas de nosotros y que adquirió verosimilitud con palabras bien desgraciadas, salidas de autorizados labios; no interviene con su varita mágica. Es mediante nuevos raciocinios, provocados por la más fuerte de sus ansiedades actuales, que el pensamiento llega á converger al malhadado fin. Por otra parte, ni sus preocupaciones religiosas han llegado á la manía de tal nombre, única presunta responsable de un futuro suicidio, ni el repetido documento corre el menor peligro de desaparecer en sus manos que, por espontáneo impulso, al temer, sólo tienden á retenerlo, á guardarlo con prolijos cuidados.

En resumen; eliminad la exageración de un sentimiento *siempre lógico en el fondo,* y nuestro hombre ha podido en todo caso hacer gala de una inteligencia perfectamente equilibrada; hay más, aun dentro la perturbación que es consecuencia natural de sus constantes temores, jamás dejaremos de apreciar la innegable ilación que enlaza los raciocinios, los cuales, es cierto, vendrán supeditados al sentimiento preponderante. Sólo puede, pues, tratarse de un psico-neurótico, de un emotivo, más vulgarmente, de un neurasténico.



TRATAMIENTO MORAL

CAPÍTULO XI

EDUCACIÓN DEL SENTIMIENTO

Las afecciones que nos vienen ocupando, se originan, conforme hemos visto, por efecto del especial estado de ánimo en que el enfermo se encuentra. La afectividad, sostén de la sugestión, es la que crea, aumenta ó entretiene los desórdenes funcionales más variados. Hemos dado con un mal, digámoslo una vez más, psíquico en su esencia; es, pues, muy lógico, si queremos impedir su desarrollo, oponernos al ligero trastorno moral responsable de todos los síntomas que, en interminable cortejo le acompañan.

Sentada esta principal base, preciso nos será, antes de seguir adelante, recordar de nuevo el hecho de la concomitancia en el trabajo psíquico-cerebral, del cual resulta un conjunto de estados especiales del cere-

bro, correspondientes á los varios actos de nuestra alma. En consecuencia, parece que hemos de poder influir sobre el más puro acto de nuestro espíritu, valiéndonos de medios morales y de medios físicos. ¿Á cuáles dar la preferencia?

Las dificultades con que tropezaremos para hallar un tratamiento físico capaz de obrar por manera directa sobre la célula nerviosa del cerebro, serán insuperables, y no podrá menos de suceder así, mientras desconozcamos en detalle el íntimo funcionalismo de la misma, mientras continúen siendo un misterio para nosotros, el conjunto de reacciones químicas, los cambios que el asiduo trabajo fisiológico produce á cada instante en el quimismo intra-celular. Por otra parte, al brindársenos un medicamento que se asegura modifica el tejido nervioso cerebral, tampoco se nos podrá explicar cómo ello se logra, dado que es imposible, hoy por hoy, seguir puntualmente las multiplicadas variaciones sufridas por estas substancias en el interior del organismo, no habiendo manera de estudiar con entera exactitud cuáles sean los precisos elementos celulares que las retienen dentro de sí, ó la forma en que lo realizan; y si alguien se atreviera á sentar en tal materia una afirmación categórica y concreta, nos creemos, por el momento, autorizados para rechazar en absoluto semejante seguridad. La química orgánica ofrece ancho campo á interminables é importantísimas observaciones, pero es terreno erizado de escollos; sus adelantos son bien transcendentales, mas avanza con

lentitud. Debemos convencernos de que poseemos por este lado armas de escaso y menguado valor.

Al estudiar con algún detenimiento la cuestión de la influencia mutua que liga al espíritu con la materia, hemos podido advertir sin dificultad cómo, á pesar de la enorme y estricta dependencia que mantiene nuestra alma sujeta al organismo corpóreo, hasta el punto de que para la más ínfima manifestación de la actividad psíquica se impone el necesario concurso de la función cerebral; es, sin embargo, todavía mayor la influencia ejercida por esta misma alma sobre el cuerpo al cual vive unida. Parece, además, natural que, tratándose de una enfermedad primordialmente psíquica, nos dirijamos desde luego al punto de origen de la dolencia, al espíritu enfermo.

Pues todo nos induce á buscar medios morales con que poder combatir el mal, poco nos costará explicarnos ahora porqué el hipnotismo ha contado con numerosos adeptos. ¿Se observa en la dolencia una improcedente autosugestión? Nada tan lógico como oponer á ella una sugestión contraria, se han dicho, y no iban del todo descaminados. Dejamos antes apuntado que, en su sentido más estricto, la palabra sugestión no presupone siempre falta de lógica en las deducciones, siendo medio bien lícito una sugestión racional; pero el hipnotismo busca dominar sin trabas la voluntad del paciente, en vez de cultivarla, quiere una sugestión brutal, empezando por obligarle á aceptar la absurda imposición de un sueño no justificado y fuera de lu-

gar. El hipnotismo abusa de la flaqueza y pusilanimidad humanas. Si nos atenemos al principio según el cual: «el fin no justifica los medios», debemos abandonarlo, ó reservarlo sólo para los casos en que una situación muy especial nos lleva á elegir, entre dos males necesarios, el mal menor.

Ha sido también preconizada la sugestión durante el sueño natural. Recordamos haber leído tiempo atrás en la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas,* un artículo del doctor A. Gota, en el cual la recomienda y explica como sigue: Débese tener buen cuidado al tratar de realizarla, de no intentarla *d'emblée*, hablando sin previa preparación al oído de la persona que acaba de dormirse, porque entonces corremos peligro de que despierte, ó de que, continuando profundamente dormida, permanezca ajena á cuanto ocurre á su alrededor. Hace falta, por el contrario, penetrar, á poco de dormida y sin el menor ruido, en su cuarto, deteniéndonos á unos dos metros del lecho, y comenzar articulando, casi sin oirse y con ritmo lento y monótono, las sílabas *duer...me...* que repetiremos con insistencia, aproximándonos mientras tanto lentamente al sujeto, hasta llegar á muy escasa distancia de su oído. Á los pocos minutos levantaremos algo la voz. La sensación auditiva, antes vaga y poco perceptible, se afina, la excitación psíquico-cerebral producida por el *duerme,* mantenida y acrecentada progresivamente, de cada vez más viva, llega á hacerse preponderante y ahoga las demás representaciones

mentales del sueño. No peligra ahora que despierte el individuo, y hemos fijado, podríamos decir, su atención en aquellas ideas que nuestras palabras vayan expresando.

Si procuramos hacer sincrónicas las consabidas sílabas *duer...me* con los movimientos respiratorios del paciente, veremos, al cabo de cierto tiempo, que modificando el ritmo de estas sílabas, cambiará también el ritmo de su respiración. Cuando obramos ya así á voluntad sobre el sujeto, acelerando ó retardando su ritmo respiratorio, conforme aceleramos ó retardamos el ritmo vocal, es cuando ha llegado el momento oportuno de ser sugestionado.

Vacía la mente, durante el sueño, de casi toda idea, es indudable permanece en un estado de receptividad, que ha de favorecer la influencia sugestiva, la cual ejerceremos expresándonos con entera claridad, en frases breves, muchas veces repetidas, pero reducidas al *mínimum* de tiempo. Será perjudicial para el paciente hacer muchas sugestiones en una misma sesión, que no convendrá prolongar más allá de media hora, como lo demostraría, si tal hiciéramos, el indefinido malestar que en él adivinaríamos y la propia crispatura de su rostro.

Aun nos parece descubrir algo de teatral en esta clase de sugestión, algo que nos recuerda las prácticas de los modernos sucesores de Mesmer. Con todo, es un medio que podremos aprovechar cuando ni tan sólo nos sea dado valernos de la sugestión en estado vigil.

Es innegable, que en determinados casos nos convendrá, para llegar á una convicción justa, seguir caminos más ó menos tortuosos, adoptar procedimientos indirectos, echando mano, en ocasiones, de ciertas simulaciones inocentes, á la manera que el más puritano de los médicos prescribirá cualquier día una pomada analgésica, confeccionada con sangre de drago y amoníaco, á fin de disponer favorablemente el ánimo del enfermo impresionando con mayor viveza sus sentidos; pero semejantes sugestiones no llegarán á ser nunca el formal sostén de una psicoterapia racional, la cual sólo podrá sentarse sólidamente sobre la base de la *persuasión lógica,* ideal hacia donde caminábamos. Detengámonos, pues.

Con razón advierte Dubois, es bien difícil bajar á detalles tratándose de la psicoterapia, y por lo mismo se para y entretiene en la exposición de varios casos concretos, de los cuales, por similitud, se puede sacar ventajoso partido en la práctica diaria; mas fundándonos en el concepto preciso que de estas enfermedades tenemos formado, intentaremos puntualizar un poco, trazar algo así como un esquema, de lo que este tratamiento moral debe ser en nuestros pacientes.

Al médico es á quien más interesa que estos enfermos no sean parcos en sus explicaciones. Nunca deberá aparentar, pues, la menor prisa, y si, como acostumbran, descienden á toda clase de detalles, tanto mejor, puesto que los más nimios en apariencia, pue-

den descubrir á un práctico algo experto, útiles y vastísimos horizontes.

No escapará á la perspicacia del lector, cuán provechosamente podremos valernos de ciertas incongruencias, de algunas contradicciones, que ya en el mismo relato de sus síntomas físicos ha de ofrecernos frecuentemente nuestro interlocutor. Á nosotros toca hacerlas resaltar con viveza, con sobria claridad, con tacto exquisito.

Aquella fatiga, aquella laxitud experimentada por un sujeto robusto, precisamente al abandonar la cama, después de un sueño de duración normal, no turbado por pesadilla alguna; y que, sin ser explicable satisfactoriamente por un no soportado cansancio del día anterior, vemos cómo se aminora al entregarse nuestro hombre á un trabajo que le es grato, pero trabajo al fin; aquella impotencia muscular que tanto dificulta la progresión una vez puesta la enferma en la calle, y que no asoma por parte alguna mientras, en un trajín continuo, va y viene por el interior de su casa, ocupada en el *menage* de la misma; aquellos vómitos biliosos que, con un estómago ya vacío y sin ir nunca seguidos del menor fenómeno intestinal, aparecen por la madrugada, á hora fija, cuantas veces el supuesto dispéptico ha ingerido durante su cena determinado alimento; todo esto ha de constituir para nosotros, y aun para el mismo enfermo, una revelación tan esplendente como preciosa.

Á muchos de estos enfermos, les vemos cuando ya han escuchado múltiples diagnósticos, por parte de

distinguidos compañeros. La disparidad de pareceres, la noble franqueza con que por algunos se les ha manifestado que no descubrían lesión orgánica en parte alguna; todo ha de servir para corroborar nuestra opinión que, de perfecto acuerdo con los últimos, expondremos después de cuidadoso interrogatorio y observación detenida, sin venir luego á contradecirla, tomando seguidamente la pluma para recetar.

No se nos olvide el proceder siempre con la mayor cautela antes de aventurar un diagnóstico decisivo. De mí puedo afirmar que, con frecuencia vengo dedicando por entero la primera sesión á interrogar y observar prolijamente al nuevo enfermo, en términos que el tiempo transcurrido justifica de sobras reserve para otro día el tomar yo en definitiva la palabra. Cuando para llegar á un conocimiento íntimo del caso, os sean precisas varias consultas y largas conversaciones, manifestadlo sin rodeos; así y todo, una frase optimista ó un prudente consejo dietético, prodigados durante una visita única, y cuya misión era simplemente exploradora, podrán ser utilizados, por ignorancia ó por mala fe, en detrimento vuestro.

Procurando no caer nosotros en el mismo defecto que forzosamente habremos de censurar, veamos de no llevar á cabo un reconocimiento incompleto. Acordémonos de la parte psíquica, de la parte moral del individuo, pues el organismo material es sólo uno de los componentes, que el cadáver humano dista mucho de ser el hombre.

¡Cuántas veces es el mismo neurasténico quien, despreciando, casi, los varios trastornos funcionales, quiere concentrar toda nuestra atención hacia el cuadro lastimoso en que, con negras tintas, nos pinta el estado de su ánimo! Seguidle entonces sin vacilación; ved sus ansiedades; fijaos en sus temores.

Otras veces seremos nosotros quienes habremos de solicitar la atención de la histérica, sobre su emotividad exagerada, haciéndola confesar el sobresalto continuo en que vive. En ningún caso podremos omitir la relación concreta de los múltiples trastornos orgánicos que son sólo la repercusión material de un especialísimo estado de ánimo. No queremos volver á narrarlos ahora, pues es ya bastante lo que en la práctica debemos repetirnos, al hablar de parecida cuestión.

No os extrañéis cuando aquélla trate de desvirtuar vuestros razonamientos, asegurando haber visto muchas veces presentarse sus padecimientos físicos, en el preciso momento en que — suponemos se trata de trastornos digestivos — habiendo recibido bien el estómago los primeros platos, esperaba confiadamente terminaría la comida con toda placidez. Enseñadla entonces, que su confianza á buen seguro no llegaría á neutralizar el arraigado temor que habitualmente la domina, sino que, por el contrario, coexistiría con algo de expectación bien nociva.

Además, ¡con cuánta frecuencia, gracias á un halagüeño conjunto de circunstancias favorables, aborda-

mos una situación con lógico entusiasmo, y de pronto, siéndonos todo igualmente propicio, sea efecto de una idea desagradable que, cual pájaro de mal agüero, cruza vagamente por nuestra mente, sin que ni tan siquiera nos sea dado llegar luego á puntualizarla; sea por causa de un ligero, de un trivial rozamiento operado en cualquier rincón de la complicada máquina orgánica, que haya creado indefinible sensación interna; lo cierto es que inesperado sobresalto nos coge de improviso, y honda depresión esclaviza nuestro espíritu, cuando más libres de ella nos juzgábamos!

Esta veleidad constituye la característica del sentimiento. Bien dijo quien afirmó del histerismo, que sólo es constante en su inconstancia.

No echemos en olvido esos cambios bruscos é intempestivos que, repercutiendo sobre un posible buen humor actual, tanto nos contrarían cuando en otro los observamos, apresurándonos á motejarle de *lunático,* y que tanto trabajo nos cuesta descubrir, si parten de nosotros mismos.

Al vislumbrar el enfermo, que sus sufrimientos tienen un origen puramente moral, que sus temores son una exageración hija de un carácter impresionable, con frecuencia ha de plantearos la cuestión siguiente: ¿Quiere eso decir que mi cabeza anda algo desquiciada?

Es de urgente necesidad bosquejar, sin más dilación, un amplio estudio de nuestras facultades morales.

Cuando tanto incremento va tomando la tendencia á vulgarizar las diversas cuestiones fisiológicas, en lo que se refiere á función digestiva, respiratoria, etc., buscando, con miras profilácticas, basar en ellas consejos higiénicos de indiscutible utilidad; sería imperdonable no fomentar, por todos los medios, el estudio de nuestras facultades anímicas, pues son aquellas á las cuales debe nuestra naturaleza el sello de racionalidad, que la eleva sobre el resto de la escala zoológica, y las únicas que, al entrar en actividad, podemos dirigir conscientemente, cosa jamás lograda con la quimificación de los alimentos en el estómago, ni con la oxigenación de la sangre en el pulmón; sólo á ellas se puede referir el vituperio ó elogio á que, en cualquiera ocasión, podamos hacernos acreedores.

¿Qué juicio os merecería quien, encargado del aparato generador de la fuerza en una instalación fabril cualquiera, pretendiera regularizar su funcionamiento sin conocer el mecanismo íntimo del mismo? ¿Cómo va, pues, el hombre á gobernarse, desconociendo las precisas facultades de que le es dado disponer?

Al llegar aquí, con claridad y concisión, hablando á cada uno su propio lenguaje, hemos de procurar, echando mano de los conceptos expuestos en las nociones preliminares de este trabajo, hacerles comprender cómo la sensación constituye la primera de nuestras facultades psíquicas, que es un acto esencialmente anímico. Recordadles cuántas y cuántas veces habrán permanecido ellos mismos mirando fijamente

á un pariente, con quien conviven quizá, á un amigo íntimo, sin haber llegado á quedar advertidos de su presencia, pues, distraída su atención, miraban sin ver. ¿De qué ha servido entonces, y repetimos lo dicho en otra ocasión, que la imagen de aquella persona se dibujara en la retina, que el nervio transmitiera tal impresión, y el centro cerebral la recibiera? Sentado ello en principio, ya tendréis ocasión de desglosarlo en sucesivas conferencias.

Explicadles en seguida la manera como la sensación da origen á la idea: Gracias á que desde la primera infancia nos hemos visto rodeados de nuestros padres, de cuantas personas nos prodigaron sus cuidados, supuesto que al abrir los ojos á la luz primera, pudimos pasearlos bien pronto por los diversos muebles que constituían el ajuar, lujoso ó modesto, del local donde habitábamos; porque logramos, en fin, ver las restantes dependencias de la casa, los paseos de la población donde aquélla radicaba, sus variados edificios, su campiña, sus bosques ó sus playas, si era localidad marítima; empezamos así á formarnos idea de lo que es el hombre mismo, de lo que es un mueble, una casa, un paseo, una planta...; por tal modo llegamos á concebir fácilmente la grandiosidad de las montañas y la inmensidad del mar. No existe idea alguna innata, pues las primeras se apoyan siempre en las correspondientes sensaciones. Ciegos de nacimiento, no nos fuera posible concebir nada colorado; ni sordos, nada sonoro.

Pero, las ideas más bellas, é igualmente el proyecto más acertado y espléndido que de ellas pueda emanar, si no despiertan en nuestro ánimo el más pequeño entusiasmo, no lograrán tampoco de nosotros el menor asomo de aquella actividad que, para traducirse en algo práctico, hace falta. Lo repetimos; si ante el plan mejor concebido permanecemos en estado de completa indiferencia pasional, este plan, tan bien trazado como sea, muere al nacer.

Un hombre verdaderamente impasible no retrocedería un ápice ante la idea del peligro, ni, al vislumbrar el placer, diera un sólo paso para lograrlo, como no lo hiciera, cual los irracionales, por mero instinto. La acción consciente y libre á que queremos referirnos, no se comprende sin el sentimiento.

Y es única y precisamente esta afectividad la que anda algo desordenada en el sujeto que nos escucha, según habremos deducido del examen completo, psicológico y orgánico, en él llevado á cabo previamente; si bien tendrá que estar á las resultas de la perturbación que el sentimiento acarrea, aun en el más sano entendimiento. Quien sea parte interesada en un asunto, sabemos que no será nunca el llamado á resolverlo. El Código admite como circunstancia atenuante para el que delinque, el haber obrado con apasionamiento.

Esta perturbación no debe, en sí, extrañarnos ni inspirarnos temor; ella nos explica lo atropelladamente que la inteligencia admite entonces como pro-

bable, lo que es sólo posible; ella nos da razón del porqué nuestros mejores raciocinios no nos conducen nunca, en tales casos, á convicción alguna, engendrando dudas solamente, dudas que, acrecentando la ansiedad, dan á su vez origen á mayor perturbación y encierran así al paciente en un círculo de hierro.

La persistencia de semejantes dudas y preocupaciones, es bien lógica, si advertimos que, cuantos hechos nos impresionan hondamente, con razón ó sin ella, ya sea en sentido de placer, de satisfacción ó bien de disgusto, son aquellos que con más insistencia recordamos.

Sosteniendo siempre el interés del enfermo por cuestiones tan hermosas y transcendentales, haced resaltar como, de la misma manera que el estudio, que el trabajo intelectual perfecciona la inteligencia y llega á formar un sabio, así también el ejercicio de la afectividad cultiva el sentimentalismo y engendra fácilmente un emotivo. El sabio se distinguirá en un especial ramo del saber, que será el que le haya merecido predilección más decidida; no lo olvidemos al volver la vista hacia nuestros impresionables interlocutores.

Paralelamente á lo dicho, en el primer caso aquellas reacciones intracelulares realizadas en la substancia gris del cerebro, á compás de nuestras ideas y raciocinios, tienen lugar cada día con más facilidad y precisión, é igual habrá de suceder luego á la modalidad especial de las mismas que, quizá sea el equiva-

lente orgánico del sentimiento. La persistente actividad de nuestro organismo en un sentido determinado, engendrará una preponderancia funcional, que no ha de sorprendernos, supuesto que hasta puede llevar aparejada la modificación ó, en su caso, el mismo perfeccionamiento orgánico. Según un principio hoy universalmente admitido: *no es el órgano el que hace la función, sino la función la que hace el órgano.*

Lo antes expuesto contribuirá á explicarnos la influencia, la fuerza que en nosotros adquieren los hábitos. El hábito se constituye por la repetición de actos similares, y el acto, ó sea nuestra manera consciente y libre de reaccionar, intelectual ó materialmente, ante la idea propia, ante un raciocinio ajeno ó en presencia de los acontecimientos, viene siempre determinado, de manera inmediata, por un sentimiento.

Fuerza, influencia aquella tanto más evidente, cuanto que al repetirse con persistencia la acción material determinada por el sentimiento, se facilita su reproducción casi automática. Si la reacción se parapeta en los centros inferiores, cabe remitirla á un mecanismo bulbar ó cerebral inferior, y el acto pasa á ser subconsciente. El pianista novel arranca cada nota fijándose en ella, con conocimiento y voluntad perfecta; pero el ejercicio no resulta fácil hasta que, desinteresándose el *yo,* encarga á la médula espinal, al bulbo, el cuidado de asegurar el automatismo.

De parecida manera se expresa Dubois, para pun-

tualizar en seguida que no por eso deja de ser el acto ideógeno en su esencia. Compara nuestro caso á lo que sucede en una fábrica, donde el Director se fija, al principio, hasta en los más nimios detalles, abandonando después, poco á poco, á sus fieles empleados, cuidados semejantes, que llega incluso á olvidar, sin implicar ello la menor abdicación, pues es siempre él quien dirige. Nadie duda de que el pianista más bregado en su arte, al tocar, realiza un acto esencialmente voluntario.

Son muchos los sentimientos positivos que crean hábitos nobles, dignos y elevados. Existen otros, como la pasión carnal, la inclinación al juego..., que llevan al hombre á contraer hábitos reputados como pecaminosos, á los cuales se da el nombre de vicios. Si el sentimiento al cual nos hemos acostumbrado á ceder, es deprimente, negativo..., entonces nos retraemos, huímos, somos á no tardar, más que prudentes, ultraprudentes, timoratos y se nos tiene por enfermos, se nos apellida neurasténicos.

No creemos pueda resultar ofensivo el último parangón, que establecemos con el fin de dar á nuestro oyente una idea lo más clara posible de su mal, idea que, impresionándole con eficacia, le ayude á seguir confiado nuestros consejos; pues el hombre libidinoso, laborando con constancia, puede volver á ser casto, á pesar de tratarse de un sentimiento que envuelve un deleite y que se apoya en una función orgánica. ¡Cuánto más fácil no será cuando, sin tener que

oponerse á placer alguno, sólo precise resistir á la fuerza del hábito!

Lo primero que hace falta al jugador, si sinceramente quiere vencer su vicio, es, interrumpiendo la sucesión de actos que venían formando el malhadado hábito, no encaminarse ya más á la casa de juego; el bebedor ha de empezar por no ir á la bodega. Será, pues, muy natural que el timorato — éste tiene la ventaja de que se le llame enfermo — comience por acercarse á la cosa temida, inversamente á lo hecho por los primeros, con la cosa entonces deseada, pues ellos luchaban con un sentimiento positivo, de atracción.

Un comerciante á quien el miedo de encontrarse con un ex empleado, despedido por justa causa, mas del cual teme una improbable agresión, le priva de salir en cuanto obscurece, á pesar de convenirle en tal hora ver personalmente algún cliente; que precisándole abreviar, deja, sin embargo, de subir al tranvía, porque el aspecto de un cierto individuo, divisado en la plataforma, le ha puesto inmediatamente en guardia; este neurasténico ha de quedar dispuesto á salir por la noche á poco que le convenga, y á utilizar el primer tranvía á la menor necesidad de ganar tiempo. Pero eso, entiéndase bien, violentándose, con esfuerzo análogo al que le costaría al lujurioso dejar de entrar en la casa de perdición, si acertaba á pasar por delante de ella.

Tengamos muy presente que en los comienzos menudearán las caídas; pero, levantándonos lo más presto

posible, emprendamos de nuevo el camino, y no olvidemos que, de volver la vista atrás, podríamos quedar convertidos en estatua de sal.

Aquí puede ya el médico empezar á formular de palabra, el remedio moral apropiado á cada caso, tan terminantemente como podría prescribir por escrito un sello ó una poción.

Los temores que más nos interesará corregir, desde el primer momento, serán los que se refieran á las funciones digestivas; desconfianzas fomentadas muchísimas veces — digámoslo bien alto, en honor á la verdad, y sintiendo en el alma no sea en honra de nuestros compañeros —, con tanto desacierto como buena intención, por el médico mismo. Un régimen alimenticio incompleto, tratamiento obligado de un catarro gástrico agudo, debido á cualquiera de las causas que habitualmente pueden determinarlo, mas cuyos síntomas perduran gracias á la excesiva atención, hija de aquella desconfianza, que el enfermo les viene prestando, acompañado celosamente por quien debiera ser el primero en marcar mejores derroteros; este régimen acarreará, sin duda, la debilitación del organismo, y todos sabemos hasta qué punto el solo decaimiento orgánico, por ejemplo, durante la convalecencia de una infección, deprime nuestro espíritu y nos convierte en neurasténicos ocasionales.

Combatamos, pues; sin dilación, parecido temor, uno de los más frecuentes é intensos, entre cuantos contribuyen á mantener nuestros enfermos en un es-

tado de ansiedad, de disgusto continuo. Si, conforme sabemos, un simple disgusto es suficiente para acarrear, en cualquier momento, una alteración gástrica ó intestinal, podíamos ya presumir en el neurasténico, un estado dispépsico permanente. No queda otro remedio; precisa logremos que retroceda tal desconfianza, tan evidente motivo de ansiedad, á no tardar, entregándonos resueltamente á una alimentación abundante y variada.

El enfermo comprenderá mejor de lo que vosotros creeréis, la necesidad de no seguir cultivando tales prevenciones con regímenes especiales, y si el cambio radical indispensable de que hablamos, pudiera acarrear una indisposición, tan repentina como fugaz, sabría conformarse con ella, porque su deseo de curación es, á la vez, vehemente y sincero. Pero, si el convencerle os resulta, acaso, labor sobrado penosa, consultad entonces el capítulo de la obra de Dubois, dedicado á la exposición de *Ma cure des dyspeptiques*...; allí leeréis, primorosamente escritas, las conversaciones interesantísimas sostenidas por él con sus enfermos, y veréis de qué manera se puede llegar á éxitos jamás soñados.

Entiéndase bien, que de emprender la tarea por partes, con indecisión, sin quedar previa y completamente conformados con un posible estado de gastricismo transitorio, seguirían cediendo á un temor ilógico y alentando una insana expectación, que no les permitiria salir nunca triunfantes.

Cosa notable: dispuesto su espíritu en la forma

preconizada, ni una sola vez hemos visto, hasta hoy, presentarse esta indigestión, de antemano comprendida y aceptada plenamente, pues, lo repetimos, es bien posible.

¿Os vais, quizá, á detener ante semejante trastorno funcional, y no dejaréis de privar á vuestro semejante de un miembro canceroso con el fin de salvar su existencia? ¿Acaso olvidáis que la tuberculosis, cuando no otra dolencia, permanece siempre dispuesta á hacer presa en el primer ser depauperado que le sale al paso? Lo único que previamente habéis de procurar, es quedar seguros de vuestro diagnóstico, no olvidando, á este propósito, una frase de Dejerine, que he oído repetir á un distinguido cliente suyo: Antes que especialista, soy médico.

Llegados á este punto, os faltará todavía hablar de una facultad psíquica tan importante, como es la voluntad. En una nueva consulta será más fácil dilucidar semejante cuestión, pues la inteligencia de vuestro interlocutor, descansada ya, viene ávida de seguiros.

CAPÍTULO XII

CONSIGUIENTE EJERCICIO DE LA VOLUNTAD

Al entrar en actividad de una manera armónica, la inteligencia y el sentimiento, es cuando se origina el acto de voluntad. Pues si bien en ocasiones, la idea viene acompañada de adecuado sentimiento, con intensidad bastante para llevarnos á obrar, espontáneamente, de la manera debida; en cambio, otras veces un sentimiento injustificado, de repulsión, pongo por caso, es el que adquiere preponderancia, necesitando entonces de un verdadero esfuerzo—acto de voluntad—para llegar á la precisa acción.

Suponed que os encontráis frente á un aventajado fabricante, que, venido de la nada, se complace en contaros los esfuerzos, tan titánicos como persistentes, llevados á cabo por él, para conquistar la codiciada fortuna; los primeros fracasos que no llegaron á descorazonarle, la facilidad con que los previó á tiempo; la clarividencia con que rápidamente vislumbra la oportunidad de una compra de primeras materias, ó lo útil de una modificación á introducir en la elabo-

ración de sus productos, reforma juzgada insignificante por otro competidor, y que á él le rinde un superávit de beneficio nada despreciable. No olvidando en lo más mínimo estos detalles preciosos, mostradle cómo la pródiga naturaleza le dotó de una inteligencia privilegiada y de una alta afectividad que, brindándole entusiasmo decidido y espontáneo por aquellos planes, le ha arrastrado á ser un gran industrial. Mas estas cualidades morales, esta belleza psíquica nos la ofrece de la misma manera que una mujer hermosa puede ostentar su avasalladora belleza física, la cual no ha de prestarle el menor motivo de vanagloria, porque fuera fatuidad recabar con tal motivo un mérito que no tiene, pues nació agraciada sin haber puesto nada de su parte.

El secreto estriba en saber siempre utilizar discretamente las antedichas facultades morales, en aprender á armonizarlas, mediante un esfuerzo posible que constituya el acto meritorio de voluntad, cuantas veces esa indispensable armonía no se presente establecida de antemano.

Que un tal esfuerzo resulta posible, que la voluntad existe, es cuestión aceptada por casi todos nuestros enfermos; pero de todos modos, he procurado dilucidarla algo en los comienzos de esta obrita, y tal como yo acostumbro hacerlo notar, afirmando así aquella convicción favorable, ahora añado: ¿Cómo cerrar los ojos ante la evidencia que se dimana de los difíciles esfuerzos, realizados á diario por mis clientes,

al laborar en la ardua empresa de educar sus sentimientos? Un hombre, víctima de abrumador desaliento, se levanta para poner en práctica mis consejos concretos, y acongojado, sudoroso, hondamente perturbado, sale á la calle con el fin de no dejar incumplido en ninguna de sus partes el programa del día; muévese casi maquinalmente, aun sin ver con entera lucidez que ello se impone, si no quiere ser víctima de la ansiedad, puesta en acecho para caer sobre él; recordando quizá, tan sólo, que la razón de semejante conducta la había ya visto claramente al discutir antes conmigo. Un hombre en parecidas circunstancias, no ha tenido la suerte de que la idea del deber llegara á presentarse calurosa ni avasalladora, por la vehemente fuerza de un sentimiento pertinente, sino que, nótese bien, tal ímpetu avasallador puede, sin gran esfuerzo, descubrirse de parte del sentimiento contrario.

Ventilado semejante punto, comprenda aquel individuo tan provechosamente arrastrado por su entusiasmo en cuestión de negocios, como venía cultivando también, paralelamente, un conjunto de desconfianzas, de sentimientos deprimentes, al resistirse á alternar en sociedad, excusándose en absoluto de hablar en público, aun cuando, contando con ilustración sobrada, circunstancias especiales demandaban que así lo hubiese hecho; retrayéndose hasta de dispensar un saludo á cualquiera visita, venida á su casa con el exclusivo objeto de cumplimentar á la familia; llegando,

en fin, al extremo de no hallar, porque tampoco lo buscaba, motivo de conversación, ni siquiera encontrándose entre los suyos.

Colocado en parecida tesitura, las eventualidades de la vida le proporcionan un día, el disgusto de ver á un hijo permanecer rebelde en su extravío, y entonces, á pesar de que el filial afecto de los demás podía ofrecerle brillante compensación, queda colmada la medida de sus ansiedades, desbórdanse sus hábitos de retraimiento que, triunfantes, nos brindan el espectáculo inaudito de un industrial disponiéndose á cerrar su fábrica, en el momento culminante y más esplendoroso de sus afortunadas empresas fabriles, para, entregándose al enervador desaliento, retirarse á una vida de completa inacción, que estériles lágrimas no han de fertilizar.

Cuando el sentimiento ó la exageración del mismo no era razonable, hacía falta el acto preciso de voluntad; pero éste no había venido. Considerando la perfección moral que luce nuestro neurasténico, acude á mi mente la imagen de un rostro encantador, con un óvalo perfectísimo, con una corrección de líneas admirable; pero al cual falta el pabellón de una oreja, ó carece de uno de los órganos externos de la visión; si bien nuestro caso difiere favorablemente en el sentido de tratarse, no de un defecto orgánico y por ende siempre fatal, sino de una facultad moral que dada á todos en principio, espera de nosotros su ulterior y necesario desarrollo.

Mas desde este instante, el enfermo, dispuesto resueltamente á dar de mano todo temor exagerado ó ilógico, lejos de persistir en su retraimiento, vuelve á coger las riendas del negocio, penosamente, con heroico esfuerzo; y pues así conviene á la importancia del mismo, entra en tratos para adquirir hermosos solares, donde levantar nuevo y adecuado edificio; presta su personal colaboración á arquitectos y contratistas de las obras que, ya empezadas, visita á diario más de una vez. Simultáneamente se ha impuesto la tarea, para él difícil, de acompañar la familia al teatro, á un baile, á una reunión...

Dominando, educando así el sentimiento, lograremos, á la vez, el necesario ejercicio de la voluntad.

Con asiduidad incansable hemos de guiar á nuestros enfermos por semejante camino, que podrá ser espinoso, pero es el único seguro. Al hacerlo, no desdeñaremos descender á detalles los más nimios, cuando á tanto nos obligue la viciosa pusilanimidad de nuestro psico-neurótico, quien ha de hallar siempre en nosotros, para el presente y para lo futuro, consejo concreto, firme y decidido, al lado de indulgencia extrema por lo que mira á lo pasado, sin que jamás la menor impaciencia suplante nuestra resuelta energía.

Esta labor práctica es la que más habrá de entretenernos, y nos prestará repetidamente ocasión de glosar, en mil formas distintas, las nociones psicoló-

gicas por do habíamos empezado, y donde la inteligencia, facultad superior destinada á presidir toda manifestación de la actividad anímica, encontrará la razón, descubrirá la necesidad de proceder, en cada caso, conforme á nuestras precisas indicaciones, si quiere que su ayudante de campo, el sentimiento, tan indispensable como resulte para la acción, cese ya de anular, de arrollar su autoridad indiscutible, dejando de sobreponerse al propio pensamiento.

Permitidme haga incapié en uno de los puntos que más precisa esclarecer. Estos enfermos se exasperan con razón, siempre y cuando sus deudos ó amigos, y más aun si es el mismo médico, intentan negarles la existencia, la realidad de sus sensaciones. Será bien útilmente empleado el tiempo que os cueste demostrarles hasta la evidencia, que una sensación puede ser muy real para ellos y ser también, sin embargo, perfectamente equivocada, autosugerida; referíos, al buscar un ejemplo apropiado, á cualquiera de los múltiples casos de engañosas sensaciones, debidas á apreciaciones falsas, que á diario nos ocurren á todos y así no os ponéis en peligro de lastimar su susceptibilidad. Todos podemos recordar casos de sensaciones realizadas en sólo el cerebro, cuyo mecanismo tenemos expuesto detalladamente.

Un día, el más crudo del invierno, penetramos en nuestro gabinete con los pies helados, y arrellenándonos en cómoda butaca, nos apresuramos á colocarlos sobre un calorífero metálico que encontramos siem-

pre preparado *ad hoc*. No ocurriéndosenos ni la más remota posibilidad de una omisión, estamos firmemente convencidos de hallar allí el grato calor que veníamos buscando, y á poco, desentumecidos ya, los movemos suavemente bajo el calzado, llegando quizá á ponderar cuánto bienestar no nos proporciona, el poder disponer de semejante *confort;* pero, como la omisión existía, el responsable de la misma, advertido de nuestra llegada, nos hace oir bien pronto sus excusas, con lo cual, alarmados, nos inclinamos instintivamente y, alargando el brazo, tratamos de comprobar, de esclarecer la inoportuna duda, siendo nuestra mano la que entonces retiramos helada. Sintiendo de nuevo intenso frío en los pies y sin poder esperar sentados el arreglo de aquel tan cómodo aparato, nos levantamos, nos paseamos impacientes.

Hicimos antes notar que, cuando es excesivo el interés despertado en nosotros por una cuestión cualquiera, bien sea en el sentido de estimular un deseo, ó de engendrar un temor, queda perturbada la inteligencia y nos sugestionamos fácilmente. Es indudable que semejante perturbación desaparecería al quedar aminorado el sentimiento que la motivara, lo cual habremos de lograr por un solo camino: no dando la mano á la emoción, no obrando de acuerdo con ella. Pero en ciertas ocasiones, el temor viene con tan desmedida intensidad ó es de tal naturaleza, se refiere á desastres tales, que nos obliga á detenernos, ante todo, en destruir la correspondiente autosugestión, si

queremos lograr la serenidad de espíritu indispensable para hacer psicoterapia útil.

Situación parecida nos creó aquel sujeto que sufría el temor del suicidio; ello nos indujo á empezar demostrándole que sus actos revelaban sólo un timorato, y que el sentimiento de temor nos ha sido dado exclusivamente para salvarnos del mal temido, del cual tiende á apartarnos, por efecto de su precisa misión fisiológica. Si el miedo se apodera del niño y no quiere entrar en una habitación obscura, precisarán, para lograrlo, promesas, amenazas y quizá la violencia misma. Si las leyes divinas y humanas establecen la sanción penal, es para despertar un sano temor que nos retraiga de cometer la acción penada.

Y aun no bastó lo dicho, pues nos ponía, *temía* el caso de que el sufrimiento ocasionado por la mentada ansiedad, llegara un día á desesperarle, y entonces, cual hombre normal caído de improviso en el deshonor y en la ruina, llevase á cabo el suicidio. Bien habría podido comprender que, aun en tal supuesto, su sufrimiento no era hijo de un mal real, sino simplemente autosugerido, y se libraba de él con sólo atender á nuestras razones, tan sólidas como consoladoras; pero arrastrándonos más lejos, tuvimos necesidad de entretenernos en analizar de qué manera se llega, en circunstancias excepcionales, al desastre propuesto.

Atemorizado el hombre, al pensar en la miseria que se avecina, considerando con espanto que la des-

honra le deja sólo en medio de la sociedad, viene pronto la turbación de su inteligencia, y ella permite á la idea del suicidio presentarse, de improviso, como un mal menor. Hemos dicho *de improviso,* porque quien abordara un negocio dispuesto fríamente á atentar contra su vida en caso desgraciado, estaría en pugna con el propio instinto de conservación, y sería un desequilibrado indubitable. Que nuestro enfermo no estaba dispuesto fríamente al suicidio, salta á la vista, y por otra parte, ha tenido de tal manera la suerte, suerte que le cuesta horas amarguísimas, de prever minuciosamente una situación tan particularísima, que jamás podrá ya cogerle de improviso. Al imaginarla tan sólo, se pone tembloroso, quedan arrasados en lágrimas sus ojos é inútil para toda acción. Es indudable, á él no le queda el desatinado recurso de atentar contra su propia vida.

No pudo, pues, sernos motivo de extrañeza, el oir relatar como el mismo médico que había calificado de impulsivo á semejante individuo, interrogado luego sobre la conveniencia de adoptar alguna medida preventiva, contestara en sentido absolutamente negativo, añadiendo por vía de explicación, que enfermos como el nuestro nunca acaban poniendo en práctica el desatino de referencia; es lógico suponer, que parecida afirmación la deducía de los múltiples casos clínicos, anotados en el extenso libro de su ya larga experiencia.

Mas, para que se vea con cuanto tacto habremos

de proceder siempre, puede llegar ocasión en que, de proseguir, instados por el enfermo que reproduce dudas mil veces resueltas, ocupándonos en el asunto constitutivo de la precisa autosugestión, cederíamos intelectualmente al excesivo temor responsable de situación tan pertinaz y molesta; debiendo entonces ser nosotros mismos los que, dando á nuestro neurasténico una lección práctica, nos neguemos, resueltos, á entrar en nuevas discusiones sobre cuestión asaz ventilada. Nunca será el propio médico quien le lleve á la concupiscencia en el discurrir. Si bien es preciso en tal caso, no dar satisfacción al dominador sentimiento deprimente, ni siquiera mediante un acto intelectual, en cambio, lo que no nos cansaremos de dilucidar cuantas veces sea preciso, es el verdadero concepto moral de la enfermedad, la necesidad de vencer el malhadado hábito, y la existencia de un solo camino para lograrlo, camino espinoso, difícil, pero constantemente practicable y seguro.

Al llegar aquí, yo os suplico os paréis un momento á considerar el consuelo inmenso que aquel timorato habrá de sentir, cuando, llegado el momento oportuno, empecéis por inducirle á coger sus armas y, para tenerlas más á mano, devolverlas al cajón de su escritorio, lugar donde antiguamente las guardaba en su propia casa; sigáis luego llevándole á elegir las vecinas alturas, y de entre ellas las que le eran más temidas, como sitio de elección para sus paseos y excursiones; acabando por lograr que un reactivo vene-

noso, cuya posesión, sin serle indispensable en lo más mínimo, puede resultarle útil, lo tenga constantemente á la vista en la estantería de su despacho. Si ponderándoos la dificultad que experimentará al tratar de poner en práctica vuestros consejos ó prescripciones, os ve sostenerlos con firmeza á la vez dulce é inquebrantable, no podrá ya dudar de vuestra convicción honda, pues jamás médico alguno honrado llegaría á tanto, sin estar seguro de su diagnóstico. Y cuando haya aprendido á no ceder ni intelectualmente á sus temores, cuando ya se niegue hasta á pensar en el motivo de sus imaginarias ansiedades, habrá llegado á la meta, pues, en último resultado, sabemos que un sentimiento sin idea alguna donde apoyarse, no tiene razón de ser.

Digamos dos palabras sobre la cura de Weir Mitchell, para dejar sentado con entera sinceridad, que el reposo en cama, el aislamiento, y la sobrealimentación nos parecen medios habitualmente innecesarios, cuando no contraproducentes, pues en la mayoría de estos enfermos, lo interesante es abismarles, cuanto antes, en sus ocupaciones ordinarias. Con todo, son auxiliares preciosos en determinados casos. Á nadie se ocultará la eficacia del reposo absoluto, en especial si lo combinamos con la sobrealimentación dicha, siempre que la desnutrición, colocando al neurasténico ó á la histérica en un estado de extenuación grave, le haya llevado á las puertas mismas de la bancarrota fisiológica, supuesto que entonces se impone reducir

el gasto al *mínimum* y aumentar rápidamente las entradas; siendo también fácil comprender la conveniencia de no abordar, en ciertas ocasiones, parecido régimen sobreabundante, sin antes preparar un estómago por demás susceptible, con un corto período de dieta láctea, durante el cual aumentaremos progresivamente la cantidad de este líquido alimenticio, aumento que se hará especialmente sensible tres veces al día, en las horas que, muy pronto y sin transición, marcarán el momento del bien surtido desayuno, almuerzo y comida.

Cuando se trate de incompatibilidad de caracteres en el seno de una familia, el aislamiento coadyuvará admirablemente al fin deseado; á él recurriremos con objeto de lograr algo de aquella calma, de aquel reposo que es indispensable para hacernos oir con provecho. Siempre que tengamos á la vista un caso dudoso, si, únicamente como á tal, queremos aceptarlo, será entonces de necesidad este aislamiento absoluto.

El empleo de los medicamentos tónicos, estimulantes del funcionalismo orgánico, nos expone á que, dejando tambien sentir parecido estímulo en el sistema nervioso, vengan á exagerar la excitación con que ya se refleja allí, un estado de ánimo por demás inquieto. No siendo indispensables, al recetarlos nos privamos de confirmar con nuestra actitud, con nuestra abstención, el criterio revelado por nuestras palabras.

Hace falta, como dice Dubois, quemar nuestras naves, y echar mano, escuetamente, sin mistificaciones, de un tratamiento moral. *¡Educar el sentimiento, ejercitar la voluntad!* ¿Dónde podrá hallar el médico ideal más digno?

Analice cada uno el proceso moral de su vida, y se convencerá de que á sus sentimientos negativos debe las más sensibles equivocaciones de una existencia que, á serle posible comenzar de nuevo, había de aprovechar de muy diverso modo. La desconfianza no quiso que enmendáramos yerros nada definitivos, á que nuestros entusiasmos, quizá algo irreflexivamente, nos llevaron. La envidia impide aunar sus esfuerzos para el bien común, á los individuos que constituyen una familia, cuanto más á los de todo un pueblo ó de una misma nación.

Educados en un ambiente, no ya sólo de prudencia, sino de ultra prudencia—aquélla es una de las virtudes qne más propende á exagerarse y á convertirse en vicio—, constantemente *tememos* por la integridad del *yo*. Respiramos, pues, dentro una atmósfera de egoísmo, el cual cuidará muy pronto de engendrar la envidia, su hija natural, que á su vez, servirá de poderoso acicate para espolear la mutua aversión y malquerencia, substituídas, en los ignorantes y desheredados, por el odio más criminoso.

Repasad la Historia y ella os narrará á cada paso como el egoísmo y las rivalidades de contados individuos, tanto más culpables cuanto más inteligentes y

avisados, fomentan y aprovechan el odio germinado en la parte más desgraciada de la sociedad, mientras los más, también egoístas en el fondo, se retraen por *desconfianza* ó por *temor*. Las grandes hecatombes que repetidamente han venido interrumpiendo el constante progreso de la humanidad, no nos dejarán mentir. De las mismas luchas políticas no ha sido posible eliminar estos sentimientos negativos y, víctimas de ellos, han resultado estériles los más nobles propósitos.

Vislumbráis, lo comprendo, la transformación de la sociedad como empresa hermosísima; pero su magnitud os arredra, sin pensar que al contribuir con nuestro grano de arena á una obra grande, ni tan siquiera debe guiarnos el deseo de aquella recompensa, que el logro definitivo de la misma supone. La obra ha de comenzar, modesta y silenciosamente, por el individuo, por la célula social. Desde luego, no podemos eludir la transformación del psico-neurótico que, sufriendo, en todo ó en parte, una exageración de parecidos defectos, á nosotros se encamina en demanda del oportuno remedio.

Y si hubiereis llegado á tomar en serio la afirmación vulgar según la cual nuestro carácter es siempre el mismo hasta el sepulcro, yo acabaré pidiéndoos un momento de atención, para advertir que el carácter es la resultante de nuestros hábitos, hábitos constituídos por una sucesión de actos similares. Deshaced, pues, la cadena, cambiad sus eslabones, y la recons-

truiréis enteramente transformada. El carácter no es cualidad innata, sino adquirida.

Basta ya de repetir que la medicina es verdadero sacerdocio; demostrémoslo prácticamente. No continuemos ponderando la misión social del médico, su abnegación, su altruísmo..., y seamos de una vez sociólogos, abnegados, altruístas...

FIN

